

# DONDE EL MAR ABRAZA LA SELVA:

*Relatos y realidades del Litoral Pacífico colombiano*

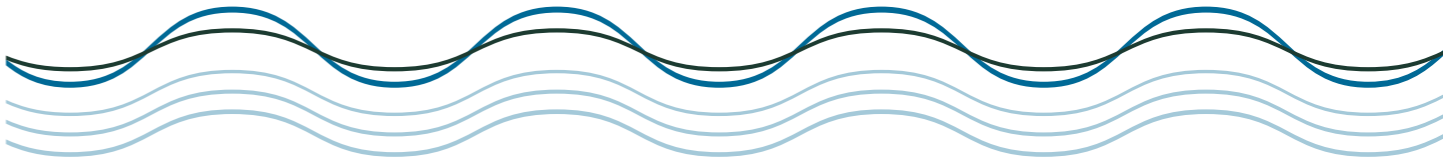
Edinson Ortiz Benavides  
William Ballesteros Possú  
José Evelio Aguiño Borja

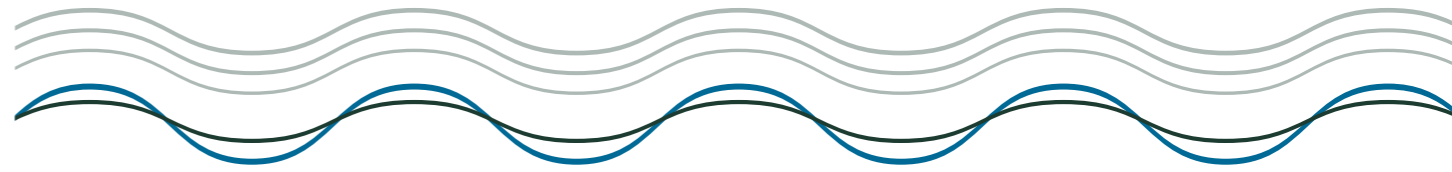


**Editorial**  
Universidad de Nariño

**èditorial**  
Universidad de **Nariño**

**DONDE EL MAR ABRAZA LA SELVA:**  
Relatos y realidades del Litoral Pacífico colombiano





**DONDE EL MAR ABRAZA LA SELVA:**  
Relatos y realidades del Litoral Pacífico colombiano

Edinson **ORTIZ BENAVIDES**  
William **BALLESTEROS POSSÚ**  
José Evelio **AGUIÑO BORJA**

**èditorial**  
Universidad de **Nariño**

Ortiz Benavides, Edinson  
Donde el mar abraza la selva : relatos y realidades del Litoral Pacífico colombiano / Edinson Ortiz Benavides, William Ballesteros Possú, José Evelio Aguiño Borja—1ª. Ed.-- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño, 2026.

220 páginas : ilustraciones, fotografías, mapas, tablas

Incluye Referencias bibliográficas p. 196 – 212 y reseña de los autores p. 216 - 218

ISBN Digital: 978-628-7679-74-0

ISBN Impreso: 978-628-7864-71-9

1. Litoral Pacífico colombiano—Prácticas productivas 2. Litoral Pacífico colombiano—Biodiversidad, cultura 3. Pesca artesanal 4. Recursos del manglar 5. Gobernanza socioecológica 6. Litoral Pacífico colombiano—Mitos y expresiones culturales 7. La caza y la recolección 8. Restauración de manglares, sistemas agroforestales. I. Ballesteros Possú, William II. Aguiño Borja, José Evelio

333.78615 O775d – SCDD-Ed. 22



SECCIÓN DE BIBLIOTECA

## DONDE EL MAR ABRAZA LA SELVA:

### *Relatos y realidades del Litoral Pacífico colombiano*

© Editorial Universidad de Nariño

© Edinson Ortiz Benavides  
William Ballesteros Possú  
José Evelio Aguiño Borja

ISBN Impreso: 978-628-7864-71-9

ISBN Digital: 978-628-7864-74-0

DOI: <https://doi.org/10.22267/lib.udn.064>

Primera Edición

Corrección de estilo: Julieth Katherin Ruales Suárez.

Diseño y diagramación: Cidia Fernanda Rodríguez López.

Fecha de publicación: Mayo 2026

San Juan de Pasto-Nariño-Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de su Autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

# CONTENIDO

## PRÓLOGO

13

## ELEMENTOS DE IDENTIFICACIÓN

15

1.1 Introducción

13

1.2 Marco teórico

17

1.3 Metodología de la investigación

20

## GEOGRAFÍA DE CONTRASTES

29

2.1 El mar y su inmensidad en el pacífico

29

2.2 El manglar: la frontera natural entre el mar y la selva

30

2.3 la selva: refugio de vida

36

2.4 Ríos y estuarios: arterias de la vida

38

2.5 Ecosistemas en equilibrio: flora y fauna del pacífico

41

2.6 Desafíos climáticos y su impacto en la vida diaria

44

## EL IMPACTO DE ESTA GEOGRAFÍA EN LAS COMUNIDADES

49

3.1 Modos de vida adaptados al entorno

49

3.2 El mar y la selva como fuentes de sustento

55

3.3 Modus vivendi alrededor del agua en el litoral pacífico

63

3.3.1 *La pesca artesanal y su papel en la identidad local*

63

3.3.2 *Los caminos de agua: transporte y comunicación*

68

3.3.3 *Historias de navegantes, pescadores y comerciantes*

74

3.4 Convivencia comunitaria con el Monteadentro

78

3.4.1	<i>Papel de la selva en la economía y la espiritualidad</i>	78
3.4.2	<i>La caza y la recolección: una economía de la naturaleza</i>	81
<b>ORALIDAD, MITOS Y EXPRESIONES CULTURALES EN EL PACÍFICO</b>		<b>85</b>
4.1	La transmisión oral de los conocimientos	85
4.2	El agua como fuente de inspiración en la cultura del litoral pacífico	92
4.2.1	<i>El papel del agua en la música y la oralidad</i>	92
4.2.2	<i>El agua como espíritu y fuente de vida</i>	96
4.2.3	<i>Rituales y leyendas sobre los ríos</i>	99
4.3	La selva y su influencia en la espiritualidad del litoral pacífico	103
4.3.1	<i>La selva como espacio sagrado</i>	103
4.3.2	<i>Saberes medicinales y territorios curativos</i>	105
4.3.3	<i>La medicina ancestral y los secretos de las plantas</i>	106
4.3.4	<i>El conocimiento espiritual y el rol del chamán</i>	108
4.4	Mitos y tradiciones compartidas del litoral pacífico	112
4.4.1	<i>Historias de espíritus del agua y guardianes de la selva</i>	112
4.4.2	<i>Los ancestros y su presencia en la vida cotidiana</i>	114
4.5	Fiestas y Rituales en el Pacífico colombiano	119
<b>ANÁLISIS DE LA GOBERNANZA Y EL CONFLICTO SOCIOAMBIENTAL EN EL LITORAL PACÍFICO</b>		<b>125</b>
5.1	Amenazas al equilibrio natural	125

5.2	Problemática del Agua Potable en el Litoral Pacífico Colombiano	129
5.3	Conflictos socioambientales: extractivismo, megaproyectos y militarización.	136
5.4	Estrategias de resistencia y protección territorial.	141
5.5	Estrategias comunitarias para la conservación	145
5.6	Justicia ambiental y derechos de la naturaleza en clave afro e indígena	148
5.7	Gobernanza comunitaria: del mandato ancestral a la acción climática.	152
<b>LOS EFECTOS DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS Y LOS NUEVOS LIDERAZGOS EN EL LITORAL</b>		<b>159</b>
6.1	Políticas públicas y su cumplimiento en el Litoral Pacífico colombiano	159
6.2	El derecho a gobernar la selva, el mar y el aire	164
6.3	Nuevas formas de representación y liderazgo desde los territorios	168
6.4	Juventud con futuro: ni desplazada ni instrumentalizada	171
<b>VISIÓN DE DESARROLLO DESDE LA RESILIENCIA EN EL LITORAL</b>		<b>175</b>
7.1	Modelos de desarrollo transformadores para el Litoral Pacífico colombiano	175
7.2	Distritos Especiales de Bioeconomía Comunitaria	177



7.3	Universidades rurales y empresas sociales: soberanía intelectual y empleo con arraigo	180
7.4	Fondos territoriales de inversión público-comunitaria	182
7.5	Economía azul comunitaria: mares para la vida, no para el despojo	184
7.6	Alianzas de valor inclusivas: justicia económica en los encadenamientos productivos	187
7.7	Integración de modelos para el buen vivir territorial	189
7.8	Primeros pasos para iniciar la transformación territorial	190
	<b>CONCLUSIONES</b>	<b>193</b>
	<b>REFERENCIAS</b>	<b>196</b>
	<b>LISTA DE FIGURAS</b>	<b>213</b>
	<b>LISTA DE TABLAS</b>	<b>215</b>
	<b>LOS AUTORES</b>	<b>216</b>

## PRÓLOGO

**E**n un país donde los relatos sobre el Pacífico colombiano han sido escritos muchas veces desde la distancia, desde el exotismo o desde el dolor, este libro propone un giro epistemológico, político y afectivo. Donde el mar abraza la selva: relatos y realidades del litoral Pacífico colombiano, de XXXX, , nace como una ofrenda escrita desde adentro, con los pies en la arena húmeda, el corazón en la selva y la mirada anclada en la dignidad de los pueblos que habitan este territorio. Su valor no radica solo en lo que cuenta, sino en cómo lo cuenta: con la voz colectiva de quienes han resistido al olvido sembrando memoria, sostenibilidad y vida.

Este prólogo no busca interpretar la obra, sino abrirle camino. Invita al lector a comprender que aquí el mar no es frontera, es origen; que los ríos no son simples trayectorias de agua, sino arterias vivas de cultura, economía y espiritualidad; que la selva no es un obstáculo verde, sino una maestra que enseña reciprocidad. A lo largo del libro, se tejen narrativas territoriales, análisis críticos y testimonios locales que, sin renunciar al rigor académico, se expresan con un lenguaje sencillo. En este sentido, la obra se inscribe en las epistemologías del Sur (Escobar, 2020), la ecología política (Leff, 2021) y los enfoques de conservación biocultural (Toledo & Barrera, 2022), pero sin enclaustrarse en la abstracción: todo aquí nace de la vida real o de los relatos comunitarios.

Los capítulos recorren los paisajes geográficos y espirituales del litoral, explorando sus ecosistemas mar, manglar, selva, ríos y estuarios como cuerpos vivos en los que florecen los

modos de vida comunitarios. Las prácticas de pesca artesanal, las economías del sustento, los saberes médicos ancestrales, el ecoturismo, la agroforestería y la organización colectiva son abordadas con profundidad, entrelazando cifras, estudios y vivencias. La estructura del libro permite que el lector transite desde la belleza natural y la biodiversidad, hacia las amenazas que enfrenta la región, minería ilegal, cambio climático, exclusión institucional y, finalmente, hacia las respuestas que emergen desde la raíz: estrategias de resistencia, adaptación y paz territorial construidas desde abajo.

En tiempos donde la sostenibilidad ha sido cooptada por los lenguajes del mercado, este libro recuerda que no puede haber desarrollo sin justicia territorial, ni paz sin reconocimiento de la dignidad de quienes cuidan los territorios con su vida. Los autores no hablan por las comunidades: hablan con ellas. Es un texto que se sostiene en la humildad de la escucha, en el diálogo entre la ciencia y el saber popular, en la voluntad de sembrar pensamiento crítico sin desarraigar las emociones. Quien lea estas páginas comprenderá que el Pacífico no es solo biodiversidad, es también biografía colectiva; que la selva no solo da sombra, da sentido; que el mar no solo alimenta, canta.

Este libro está dirigido a múltiples lectores: a académicos que buscan comprender la complejidad territorial desde perspectivas críticas; a líderes sociales y ambientales que luchan por la justicia climática; a funcionarios públicos comprometidos con la equidad; a educadores que desean descolonizar sus prácticas; y, sobre todo, a las comunidades del litoral, a quienes esta obra devuelve con respeto su propia voz, porque allí donde el mar abraza la selva, no solo se encuentra un ecosistema exuberante, sino también una ética del cuidado, una resistencia amorosa y una pedagogía del futuro.

**Gerson Lisímaco Montaña**  
Representante a la Cámara  
República de Colombia

# ELEMENTOS DE IDENTIFICACIÓN

## 1.1 INTRODUCCIÓN

EL LITORAL PACÍFICO COLOMBIANO ES UNO de los territorios más diversos y valiosos del país. Allí se encuentran selvas densas, ríos caudalosos, manglares que limpian el aire y mares que alimentan a miles de familias. También es un lugar profundamente habitado por historias de vida, cultura, resistencia y esperanza; sin embargo, a pesar de su riqueza natural y humana, ha sido durante mucho tiempo ignorado por el Estado, incomprendido por los centros de poder y estigmatizado por la violencia.

Este libro nace con el deseo de mostrar otra cara del Pacífico, una que no se reduce al conflicto o al olvido, sino que resalta la fuerza de sus comunidades, la belleza de su territorio y la sabiduría que allí habita. En sus páginas se mezclan voces, paisajes, memorias y saberes que ayudan a comprender cómo se vive, se lucha y se sueña en esta región; es un recorrido por el mar, la selva, los ríos y las culturas que hacen del Pacífico un lugar único en el mundo.

Más allá de las estadísticas o los discursos oficiales, este libro quiere acercar al lector a la vida real de las personas que habitan el litoral; habla de su relación con la naturaleza, de sus prácticas de pesca, de su alimentación, de su espiritualidad, de sus luchas por el territorio, y de cómo enfrentan los desafíos del cambio climático, el abandono institucional y las amenazas ambientales.

La información presentada en este libro es el resultado de un proceso de investigación cualitativa desarrollado entre 2022 y 2024 en territorios del litoral Pacífico colombiano. La metodología combinó entrevistas semiestructuradas, encuentros comunitarios, observación directa y recorridos territoriales, junto con una revisión sistemática de literatura académica, documentos institucionales y normativa vigente. El enfoque epistemológico se fundamenta en el diálogo de saberes, la ecología política y la conservación biocultural (Escobar, 2020; Leff, 2021), reconociendo a las comunidades como sujetos activos de conocimiento. El análisis se realizó mediante categorización temática y triangulación de fuentes, priorizando una comprensión integral, situada y ética de las relaciones entre territorio, cultura, biodiversidad y gobernanza comunitaria (Braun & Clarke, 2006; Denzin, 2012).

El litoral Pacífico colombiano constituye un sistema socioecológico de alta complejidad en el que interactúan ecosistemas estratégicos —mar, manglares, ríos y selvas húmedas tropicales— con modos de vida comunitarios profundamente arraigados en el territorio, especialmente entre poblaciones afrodescendientes, indígenas y campesinas. Sin embargo, obstante, este territorio enfrenta crecientes tensiones derivadas del cambio climático, la presión de economías extractivas, la degradación ambiental y el persistente abandono institucional, factores que amenazan tanto la integridad de los ecosistemas como las prácticas culturales y productivas que históricamente han sustentado la vida en la región. A pesar de la importancia ecológica y cultural del Pacífico, aún existe una comprensión limitada e integrada sobre cómo se configuran las relaciones entre naturaleza, cultura y economía en este territorio, así como sobre el papel que desempeñan los saberes locales y las prácticas comunitarias en la construcción de estrategias de sostenibilidad y gobernanza territorial frente a los desafíos socioambientales contemporáneos.

Para abordar esta problemática se plantea la siguiente pregunta: ¿Cómo se configuran las relaciones socioecológicas entre los ecosistemas marino-costeros y forestales del litoral Pacífico colombiano y las prácticas territoriales de sus comunidades, y de qué manera estas interacciones influyen en las políticas y estrategias locales de sostenibilidad y gobernanza territorial?

El objetivo de esta investigación es Analizar las dinámicas socioecológicas que articulan mar, manglar, ríos y selva en el litoral Pacífico colombiano, con el fin de comprender cómo estas interacciones estructuran los modos de vida, las prácticas territoriales y las estrategias comunitarias de sostenibilidad frente a los desafíos socioambientales contemporáneos.

Este libro está dirigido a quienes habitan el litoral Pacífico y construyen día a día su vida en el territorio; a quienes trabajan por su desarrollo desde las comunidades, las instituciones y

las organizaciones sociales; a estudiantes y docentes interesados en comprender su complejidad ambiental y cultural; a los tomadores de decisiones que tienen la responsabilidad de orientar su futuro; y también a toda persona que desee acercarse a uno de los rincones más extraordinarios de Colombia. Porque para valorar verdaderamente el Pacífico es necesario primero escucharlo, y para protegerlo es imprescindible comprender la profundidad de su historia, de su naturaleza y de los saberes que allí habitan.

Se espera que estas páginas sirvan como un puente entre mundos que con frecuencia se observan desde la distancia: el de las comunidades que viven el territorio y el de quienes buscan comprenderlo desde otros lugares. Más que una descripción del Pacífico, este libro es una invitación a mirarlo con nuevos ojos y a sentirlo con el corazón abierto; porque allí donde el mar abraza la selva también se encuentran la vida, la dignidad y la esperanza que sostienen el presente y el futuro de esta región.

## 1.2 MARCO TEÓRICO

El análisis del litoral Pacífico colombiano exige un marco conceptual que permita comprender la interacción compleja entre sistemas naturales, prácticas culturales y dinámicas socioeconómicas. Para este estudio se integran cuatro enfoques teóricos complementarios: ecología política, sistemas socioecológicos, territorialidad y gobernanza ambiental, y conservación biocultural y saberes tradicionales. Estos enfoques permiten analizar el territorio no solo como espacio geográfico, sino como una construcción socioecológica en la que interactúan ecosistemas, instituciones, culturas y relaciones de poder.

### ■ Ecología política y conflictos socioambientales

La ecología política constituye un campo interdisciplinario que analiza las relaciones entre poder, recursos naturales y transformaciones ambientales, enfatizando cómo los conflictos ecológicos están profundamente vinculados con estructuras económicas, políticas y sociales (Robbins, 2012). Desde esta perspectiva, el ambiente no es únicamente un sistema biofísico, sino también un espacio donde se disputan intereses, significados y formas de control territorial (Bryant & Bailey, 1997).

En América Latina, la ecología política ha adquirido particular relevancia para comprender los procesos de apropiación de la naturaleza y los impactos del extractivismo sobre comunidades locales y territorios biodiversos (Alimonda, 2011). Autores como Escobar (2010) sostienen que

los territorios no pueden analizarse únicamente desde criterios técnicos o económicos, sino que deben entenderse como espacios culturalmente producidos, donde convergen identidades, conocimientos y proyectos de vida colectivos.

En el contexto del Pacífico colombiano, la ecología política permite interpretar fenómenos como la expansión de economías extractivas, la minería ilegal o las presiones sobre los ecosistemas costeros, así como las respuestas comunitarias frente a estos procesos. Estas dinámicas reflejan disputas por el control de los recursos naturales y por los modelos de desarrollo territorial que orientan la gestión del espacio (Leff, 2021).

### ■ Sistemas socioecológicos

El enfoque de **sistemas socioecológicos (SES)** constituye una perspectiva clave para analizar las interacciones entre ecosistemas y sociedades humanas. Los SES se definen como sistemas complejos en los que componentes ecológicos y sociales se encuentran estrechamente interrelacionados y coevolucionan a lo largo del tiempo (Berkes, Colding & Folke, 2003). En estos sistemas, los cambios ambientales afectan directamente a las comunidades humanas, mientras que las decisiones sociales influyen en la dinámica de los ecosistemas.

Elinor Ostrom (2009) propone que los sistemas socioecológicos están compuestos por cuatro elementos interdependientes: recursos naturales, actores sociales, sistemas de gobernanza e interacciones entre ellos. Este marco analítico permite comprender cómo las instituciones locales, las normas comunitarias y los sistemas de conocimiento influyen en la gestión sostenible de los recursos naturales.

Diversos estudios han demostrado que las comunidades locales pueden desarrollar mecanismos de manejo adaptativo que favorecen la resiliencia de los ecosistemas, especialmente en territorios donde las prácticas tradicionales han evolucionado en estrecha relación con el entorno natural (Folke et al., 2005). En regiones costeras tropicales, como el Pacífico colombiano, la pesca artesanal, el manejo del manglar y las prácticas agroforestales constituyen ejemplos de estrategias socioecológicas que contribuyen a la sostenibilidad territorial.

El concepto de **resiliencia socioecológica** resulta particularmente relevante en este contexto. La resiliencia se refiere a la capacidad de un sistema para absorber perturbaciones, adaptarse a cambios y mantener sus funciones esenciales (Folke, 2006). En territorios expuestos a presiones ambientales y socioeconómicas, la resiliencia depende en gran medida de la diversidad biológica, la diversidad cultural y la fortaleza de las instituciones comunitarias.

### ■ Territorialidad y gobernanza ambiental

El concepto de territorio ha evolucionado significativamente en las ciencias sociales contemporáneas. Más allá de su dimensión geográfica, el territorio se entiende como una construcción social que integra relaciones de poder, prácticas culturales, identidades colectivas y sistemas de conocimiento (Haesbaert, 2013). En este sentido, el territorio constituye tanto un espacio material como un espacio simbólico donde se configuran las dinámicas de la vida social.

En el caso de comunidades afrodescendientes e indígenas de América Latina, el territorio tiene además una dimensión cultural y espiritual que trasciende la lógica de propiedad individual o de uso económico del suelo (Escobar, 2008). Estas concepciones territoriales se articulan con formas de gobernanza comunitaria basadas en normas colectivas, sistemas tradicionales de manejo de recursos y estructuras organizativas locales.

La gobernanza ambiental se refiere al conjunto de instituciones, normas y procesos mediante los cuales diferentes actores —comunidades, Estado, sector privado y organizaciones sociales— participan en la gestión de los recursos naturales (Armitage, Berkes & Doubleday, 2007). En contextos de alta diversidad cultural y ecológica, los enfoques de gobernanza participativa han demostrado ser más efectivos para promover la sostenibilidad que los modelos centralizados de gestión ambiental.

En el litoral Pacífico colombiano, la gobernanza territorial se expresa en instituciones comunitarias como consejos comunitarios afrodescendientes y resguardos indígenas, que ejercen funciones de administración territorial, manejo de recursos naturales y resolución de conflictos socioambientales. Estas estructuras institucionales representan formas de gobernanza policéntrica que permiten articular conocimientos locales con políticas públicas ambientales.

### ■ Conservación biocultural y saberes tradicionales

El enfoque de conservación biocultural reconoce la interdependencia entre diversidad biológica y diversidad cultural. Diversos estudios han demostrado que los territorios habitados por pueblos indígenas y comunidades tradicionales coinciden con algunos de los ecosistemas mejor conservados del planeta (Toledo & Barrera-Bassols, 2008; Maffi, 2005). Esto se debe, en gran medida, a la existencia de sistemas de conocimiento ecológico tradicional que orientan el uso sostenible de los recursos naturales.

El conocimiento ecológico tradicional, definido como el conjunto acumulado de saberes, prácticas y creencias transmitidas culturalmente sobre las relaciones entre los seres humanos y su entorno (Berkes, 2018), constituye un componente fundamental de la gestión sostenible de los ecosistemas. Estos conocimientos incluyen calendarios ecológicos, técnicas de manejo de especies, prácticas de conservación y sistemas de clasificación ambiental que han sido desarrollados a lo largo de generaciones.

En el Pacífico colombiano, los saberes tradicionales se expresan en prácticas como la pesca selectiva, la recolección sostenible de productos del manglar, la agricultura bajo sombra y el uso medicinal de plantas forestales. Estas prácticas reflejan una relación con la naturaleza basada en principios de reciprocidad, respeto y equilibrio ecológico.

Las epistemologías del Sur, propuestas por Santos (2010), han contribuido a cuestionar las jerarquías del conocimiento que históricamente han privilegiado las perspectivas científicas occidentales sobre los saberes locales. Desde este enfoque, la producción de conocimiento debe reconocer la diversidad epistemológica existente en el mundo y promover el diálogo entre diferentes formas de conocimiento.

En síntesis, la articulación entre ecología política, sistemas socioecológicos, gobernanza territorial y conservación biocultural permite construir un marco analítico integral para comprender las dinámicas del litoral Pacífico colombiano. Este enfoque reconoce que la sostenibilidad territorial no depende únicamente de la conservación de los ecosistemas, sino también del fortalecimiento de las instituciones comunitarias, los saberes tradicionales y las formas locales de gobernanza que históricamente han permitido la coexistencia entre sociedad y naturaleza.

### 1.3 METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

El libro *Donde el mar abraza la selva: Relatos y realidades del Litoral Pacífico colombiano* es el resultado de una investigación cualitativa desarrollada entre 2022 y 2024 en diversos territorios del litoral Pacífico colombiano. El propósito del estudio fue comprender las dinámicas socioecológicas que articulan mar, manglar y selva como un sistema territorial interdependiente, así como analizar las respuestas comunitarias frente a conflictos socioambientales y desafíos asociados al cambio climático.

La investigación se desarrolló con énfasis en territorios de los departamentos de Nariño, Cauca, Valle del Cauca y Chocó. Este encuadre espacial y temporal permitió analizar dinámicas contemporáneas del territorio, considerando transformaciones asociadas al cambio climático, la gobernanza ambiental y los conflictos socioambientales (IDEAM, 2023; INVEMAR, 2022).

Desde el punto de vista epistemológico, la investigación se inscribe en un enfoque interpretativo–territorial sustentado en la ecología política, los sistemas socioecológicos y la conservación biocultural. Este posicionamiento reconoce que el conocimiento es situado, históricamente construido y atravesado por relaciones de poder (Santos, 2010; Escobar, 2020). Asimismo, asume que los saberes comunitarios constituyen formas legítimas de producción de conocimiento y no simples fuentes complementarias, en coherencia con el diálogo de saberes planteado por Leff (2021) y con el enfoque de sistemas socioecológicos desarrollado por Berkes (2018).

El diseño metodológico fue cualitativo, no experimental y descriptivo–interpretativo, con componentes etnográficos y participativos. Este tipo de diseño es apropiado cuando se busca comprender significados, prácticas sociales y procesos territoriales desde la perspectiva de los actores involucrados (Hernández Sampieri et al., 2014; Creswell & Poth, 2018). La investigación adoptó una lógica de estudio de caso territorial ampliado, lo que permitió identificar patrones estructurales en distintos municipios del litoral manteniendo profundidad contextual (Yin, 2016).

La validez interna del estudio se fortaleció mediante triangulación metodológica y teórica (Denzin, 2012). Los hallazgos obtenidos en entrevistas fueron contrastados con observación directa, registros de campo, información cartográfica y documentos técnicos institucionales (IDEAM, 2023; INVEMAR, 2022). Este contraste permitió confirmar convergencias, identificar discrepancias y evitar interpretaciones unilaterales. Asimismo, se incorporó una triangulación conceptual al analizar los resultados a la luz de la ecología política y las epistemologías del Sur, reconociendo las relaciones entre poder, territorio y conocimiento (Santos, 2010; Leff, 2021).

El proceso investigativo se organizó en tres fases articuladas: diagnóstico territorial, análisis de problemáticas y planteamiento de alternativas.

### I Fase 1. Diagnóstico territorial

La primera fase tuvo como objetivo construir un diagnóstico integral del sistema socioecológico litoral, identificando actores, dinámicas productivas, conflictos emergentes y transformaciones ambientales. Esta etapa combinó revisión documental sistemática y trabajo de campo exploratorio. *Esta fase se ve reflejada en los capítulos 2, 3 y 4.*

Se analizaron setenta y dos fuentes secundarias —libros, artículos científicos, informes técnicos del Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM, 2023), del Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras (INVEMAR, 2022) y normativa ambiental vigente— con el fin de contextualizar los hallazgos empíricos.

Paralelamente, se realizaron setenta y cinco entrevistas semiestructuradas a informantes clave: pescadores artesanales, agricultores y agricultoras de pancoger, lideresas comunitarias, sabedores ancestrales, jóvenes ambientalistas y empresarios locales. Las entrevistas tuvieron una duración promedio de noventa minutos, fueron grabadas con consentimiento informado y transcritas íntegramente. La entrevista semiestructurada permitió captar percepciones, experiencias y significados territoriales manteniendo coherencia temática y flexibilidad narrativa (Kvale & Brinkmann, 2015).

La observación directa y los recorridos territoriales en manglares, estuarios y selva húmeda tropical complementaron el diagnóstico, permitiendo contrastar discursos con prácticas y registrar dinámicas ecológicas visibles, en línea con los principios metodológicos de la etnografía (Hammersley & Atkinson, 2019).

Esta fase permitió identificar catorce problemáticas recurrentes, entre ellas deforestación, minería ilegal, erosión costera, alteraciones en la pesca asociadas al cambio climático y tensiones en la gobernanza territorial.

### I Fase 2. Análisis de las problemáticas

La segunda fase se orientó a profundizar en las problemáticas identificadas y comprender sus causas estructurales, impactos diferenciados y relaciones sistémicas. Se emplearon metodologías participativas y técnicas de análisis colectivo. Se desarrollaron ocho talleres comunitarios de problematización en distintos municipios. Estos espacios integraron cartografía social, discusión estructurada y construcción colectiva de acuerdos. La cartografía social permitió representar el territorio desde la racionalidad comunitaria, identificando zonas de conflicto, áreas de conservación y transformaciones ambientales percibidas. Este

enfoque concibe el territorio como construcción social y simbólica, no únicamente como espacio físico (Escobar, 2010).

La cartografía social se consolidó como herramienta para visualizar conflictos territoriales y fortalecer procesos deliberativos, en coherencia con enfoques de investigación participativa (Fals Borda, 1987). La triangulación entre testimonios, cartografía participativa, observación directa y documentos técnicos fortaleció la validez interna del estudio (Denzin, 2012). *Esta fase se encuentra compilada en los capítulos 5 y 6.*

### I Fase 3. Planteamiento de alternativas

La tercera fase estuvo orientada a la construcción participativa de alternativas frente a las problemáticas identificadas. Esta etapa se desarrolló como un proceso de análisis de saberes y co-construcción de propuestas.

Se identificaron prácticas tradicionales de manejo territorial —vedas comunitarias, restauración de manglares, agricultura bajo sombra, pesca selectiva y calendarios ecológicos— y se contrastaron con enfoques técnicos contemporáneos de sostenibilidad. Este ejercicio permitió articular conocimientos científicos y saberes locales en una lógica de complementariedad (Leff, 2021).

En sesiones colectivas se discutieron modelos emergentes como bioeconomía comunitaria, economía azul territorial, agroforestería resiliente y gobernanza hídrica participativa. Cada alternativa fue evaluada según tres criterios: viabilidad territorial, coherencia cultural y potencial de impacto socioambiental. *Esta fase se encuentra en el capítulo 7.*

### I Análisis de la información

El análisis se desarrolló bajo un enfoque cualitativo interpretativo, orientado a comprender significados, racionalidades territoriales y dinámicas socioecológicas. Todas las entrevistas fueron transcritas literalmente y sometidas a un proceso secuencial de análisis en el software Atlas ti.

En la primera etapa se realizó una lectura comprensiva del corpus. Posteriormente se aplicó codificación abierta, identificando unidades de significado emergentes como “mar como sustento”, “erosión costera”, “abandono institucional” y “resistencia comunitaria”. Este proceso inductivo permitió construir categorías a partir de los datos y no imponer marcos previos (Braun & Clarke, 2006).

En la siguiente etapa se efectuó una categorización axial, organizando los códigos en ejes estructurales que conectan narrativas individuales con procesos socioambientales más amplios. De manera paralela, la información proveniente de talleres y cartografía social fue sistematizada mediante matrices comparativas.

La validez se fortaleció mediante triangulación metodológica y teórica (Denzin, 2012), contrastando entrevistas, observación, cartografía y documentos técnicos (IDEAM, 2023; INVEMAR, 2022). El análisis se fundamentó conceptualmente en la ecología política y las epistemologías del Sur (Santos, 2010; Leff, 2021).

El análisis de la información no buscó producir generalizaciones estadísticas, sino construir interpretaciones contextualizadas y teóricamente fundamentadas. En consonancia con los principios de la investigación cualitativa, la solidez del análisis se sustenta en la densidad interpretativa, la coherencia interna y la transparencia del procedimiento metodológico (Creswell & Poth, 2018).

El procesamiento de 75 entrevistas permitió construir un corpus robusto compuesto por 1.248 citas codificadas, las salidas del software se describen a continuación:

#### *Interpretación de la Tabla de Frecuencia de Códigos*

La alta frecuencia del código “Cambio climático percibido” (81%) confirma que la crisis climática constituye la preocupación transversal dominante en el territorio. La “Disminución de pesca” (77%) y el “Abandono institucional” (73%) aparecen como impactos estructurales directamente asociados, lo que revela una percepción comunitaria de vulnerabilidad sistémica. La presencia significativa de “Resistencia comunitaria” (65%) y “Gobernanza comunitaria” (51%) indica que, junto al diagnóstico de deterioro, emergen narrativas de acción colectiva y agencia territorial. En conjunto, la distribución de frecuencias muestra una estructura discursiva que combina amenaza, impacto y respuesta (ver Tabla 1).

Tabla 1.  
*Problemática en el Litoral Pacífico Colombiano*

Código	Frecuencia	Porcentaje de entrevistas
Cambio climático percibido	61	81%
Disminución de pesca	58	77%
Abandono institucional	55	73%
Deforestación	52	69%
Resistencia comunitaria	49	65%
Contaminación por minería	47	63%
Seguridad alimentaria	45	60%
Erosión costera	43	57%
Saber ancestral	42	56%
Pesca artesanal sostenible	40	53%
Gobernanza comunitaria	38	51%
Restauración de manglar	36	48%
Migración forzada ambiental	34	45%
Juventud y territorio	32	43%
Agroforestería	31	41%
Economía azul comunitaria	29	39%
Conflicto socioambiental	27	36%
Mercurio en ríos	26	35%
Turismo comunitario	24	32%
Identidad territorial	22	29%

Fuente: Elaboración propia

#### *Interpretación de las Familias de Códigos*

La organización en seis familias temáticas evidencia una comprensión integral del territorio como sistema socioecológico complejo. La familia “Sistema Socioecológico” agrupa categorías estructurales de base ecológica; “Problemáticas Ambientales” y “Cambio Climático” representan las dimensiones de presión externa; “Gobernanza y Conflicto” expresa tensiones institucionales y políticas; “Respuestas Comunitarias” recoge estrategias adaptativas locales;

y “Dimensión Cultural” integra la base simbólica y espiritual del territorio. Esta estructura confirma que los discursos no fragmentan naturaleza y cultura, sino que las articulan como una totalidad relacional.

### Interpretación de la Tabla de Co-ocurrencias

Los índices de co-ocurrencia evidencian relaciones causales percibidas por los entrevistados. La asociación más fuerte entre “Minería ilegal” y “Mercurio en ríos” (C-Score 0.84) confirma una conciencia clara sobre la contaminación hídrica como efecto directo de la extracción aurífera. La relación entre “Cambio climático percibido” y “Disminución de pesca” (0.78) revela que los impactos climáticos son interpretados principalmente a través de la reducción de medios de subsistencia. Asimismo, la conexión entre “Restauración de manglar” y “Gobernanza comunitaria” (0.69) sugiere que las acciones ambientales se entienden como procesos organizativos y no como intervenciones aisladas (ver Tabla 2).

Tabla 2.  
Co-ocurrencia entre problemáticas

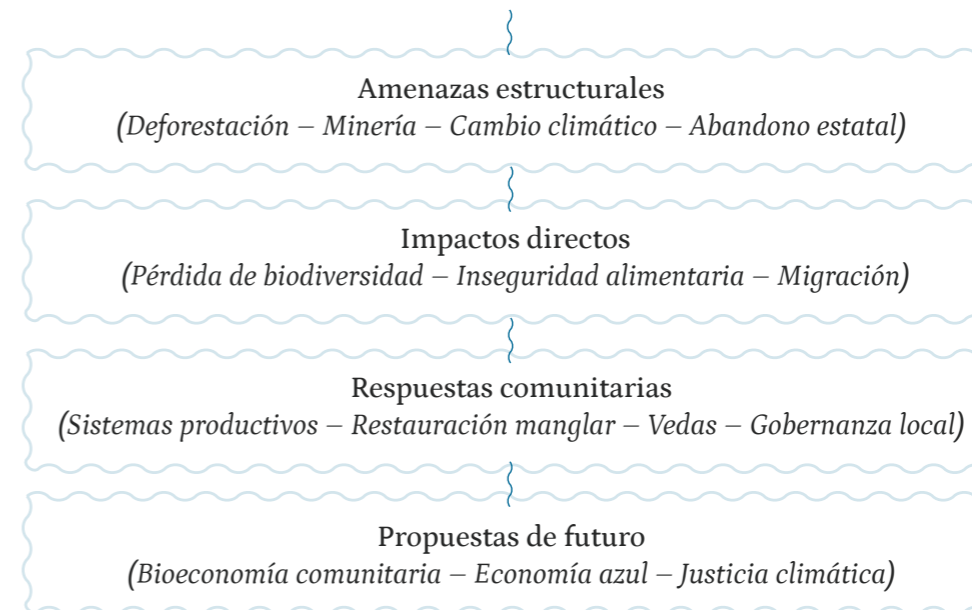
Código A	Código B	Índice C-Score
Cambio climático percibido	Disminución de pesca	0.78
Minería ilegal	Mercurio en ríos	0.84
Deforestación	Erosión costera	0.62
Abandono institucional	Conflicto socioambiental	0.71
Restauración de manglar	Gobernanza comunitaria	0.69
Agroforestería	Seguridad alimentaria	0.65
Saber ancestral	Resistencia comunitaria	0.74

Fuente: Elaboración propia

### Interpretación de la Red Semántica Principal

La red conceptual muestra una narrativa estructural coherente: el sistema socioecológico integrado enfrenta amenazas múltiples que generan impactos socioeconómicos directos, lo que a su vez activa respuestas comunitarias organizadas que derivan en propuestas de futuro. Esta secuencia confirma una lógica de análisis territorial basada en causalidad encadenada y resiliencia adaptativa. La red no presenta relaciones aisladas, sino flujos sistémicos que conectan ecología, economía, cultura y política:

### Sistema Socioecológico Integrado



### Interpretación de la Matriz Documento–Código

La matriz confirma que los fenómenos ambientales no son casos aislados sino percepciones ampliamente compartidas. Más del 80% de los entrevistados identifica afectaciones climáticas, mientras que tres cuartas partes reportan disminución de pesca. El 63% reconoce minería ilegal como principal fuente de deterioro hídrico, y el 71% señala debilidad institucional. Paralelamente, el 68% menciona prácticas adaptativas comunitarias, lo que evidencia una combinación simultánea de vulnerabilidad estructural y capacidad organizativa.

### Interpretación de la Saturación Teórica

La saturación alcanzada en la entrevista 52 y confirmada en la 63 indica que el corpus logró cubrir la variabilidad temática del fenómeno estudiado. La ausencia de nuevos códigos en las últimas 12 entrevistas demuestra estabilidad categorial y consistencia analítica. Esto fortalece la validez interna del estudio, pues evidencia que el tamaño muestral fue suficiente para capturar las dinámicas centrales del territorio.

### Interpretación del Memo Analítico Central

El memo sintetiza el hallazgo estructural del análisis: los entrevistados conciben el territorio como una unidad indivisible mar–manglar–selva. Las amenazas son percibidas como

interdependientes y no fragmentadas, y la respuesta comunitaria se formula en términos éticos antes que técnicos. Esta narrativa confirma que el eje articulador del discurso territorial no es únicamente ambiental, sino profundamente político y cultural, centrado en la defensa de la vida y la dignidad.

## 2. GEOGRAFÍA DE CONTRASTES

### 2.1 EL MAR Y SU INMENSIDAD EN EL PACÍFICO

EL MAR DEL PACÍFICO NO es un simple accidente geográfico en el litoral colombiano: es un ser vivo, antiguo y sagrado, que respira en ciclos de mareas, canta con las ballenas jorobadas y arde con la sal de los cuerpos que han surcado sus aguas para vivir, para migrar, para resistir. Su inmensidad no se mide únicamente en kilómetros de horizonte líquido, sino en la profundidad emocional que despierta en quienes lo contemplan, en quienes lo temen, lo trabajan y lo aman como a un padre ausente y a una madre que nunca se cansa.

Este mar ha sido testigo silencioso de la historia no contada de los pueblos afrodescendientes, indígenas y mestizos que habitan su franja costera, ha sido ruta de esclavización, pero también de fuga y libertad; ha sido fuente de sustento, pero también amenaza constante con sus tormentas indescifrables. En sus aguas navegan canoas cargadas de sueños y redes llenas de fe, sus olas no solo traen peces: traen mensajes, traen silencios, traen ausencias.

La inmensidad del Pacífico no es únicamente geográfica sino existencial, y quien ha crecido frente a él sabe que en sus atardeceres caben el misterio, la nostalgia y la esperanza. No es un mar que se domine fácilmente ni es complaciente, turístico o domesticado; es un mar que impone respeto, que exige humildad y que moldea el carácter de quienes dependen de



él, esos pescadores que lo llaman por su nombre le hablan con reverencia y le consultan los días y las noches, pues en sus creencias el mar tiene dueño, espíritu y corazón. Pero también es un mar olvidado por el centro del país, que a pesar de su riqueza biológica y de su potencia como arteria comercial, ha sido excluido de los grandes proyectos nacionales, sin infraestructura ni soberanía marítima, con rutas de comercio que lo bordean sin integrarlo y con decisiones políticas que lo nombran solo cuando conviene al extractivismo o a las estadísticas.

Sin embargo, el mar sigue allí, inmenso, libre e impredecible, como un espejo que devuelve la imagen de un país que aún no ha comprendido la profundidad de su propio territorio. El mar del Pacífico no es solo un recurso sino también un archivo de memorias, una geografía del alma y un espacio de futuro, y quien se atreva a escucharlo encontrará en su oleaje una historia que no cabe en los libros ni en los mapas, porque en el litoral Pacífico el mar no es frontera sino camino, no es límite sino origen.

## 2.2 EL MANGLAR: La frontera natural entre el mar y la selva

Colombia se encuentra con el inmenso Pacífico a través de su litoral, que abarca las franjas costeras de Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño y conforma uno de los ecosistemas más biodiversos del planeta. Esta franja costera, donde la selva tropical se encuentra con las aguas del océano Pacífico, representa una confluencia singular de procesos geológicos, climáticos y ecológicos que han dado lugar a una riqueza natural extraordinaria. En esta zona, la cordillera Occidental de los Andes desciende abruptamente hasta el mar, configurando una costa escarpada y de difícil acceso (ver figura 1). Esta dinámica entre montaña y océano ha permitido la formación de diversos hábitats, desde bosques húmedos hasta manglares costeros, que albergan especies endémicas y migratorias fundamentales para el equilibrio ecológico. Como lo ha documentado INVEMAR, los ecosistemas costeros del Pacífico colombiano juegan un papel clave en la regulación climática, la protección costera y el sustento de comunidades locales que dependen directamente de estos recursos (Espinosa et al., 2023).

Los ríos que recorren el litoral Pacífico colombiano, como el Atrato en Chocó y el Patía o el Mira en Nariño, constituyen más que simples corrientes de agua: son arterias culturales, ecológicas y económicas que dan forma a la vida en la región. Atravesando densas selvas

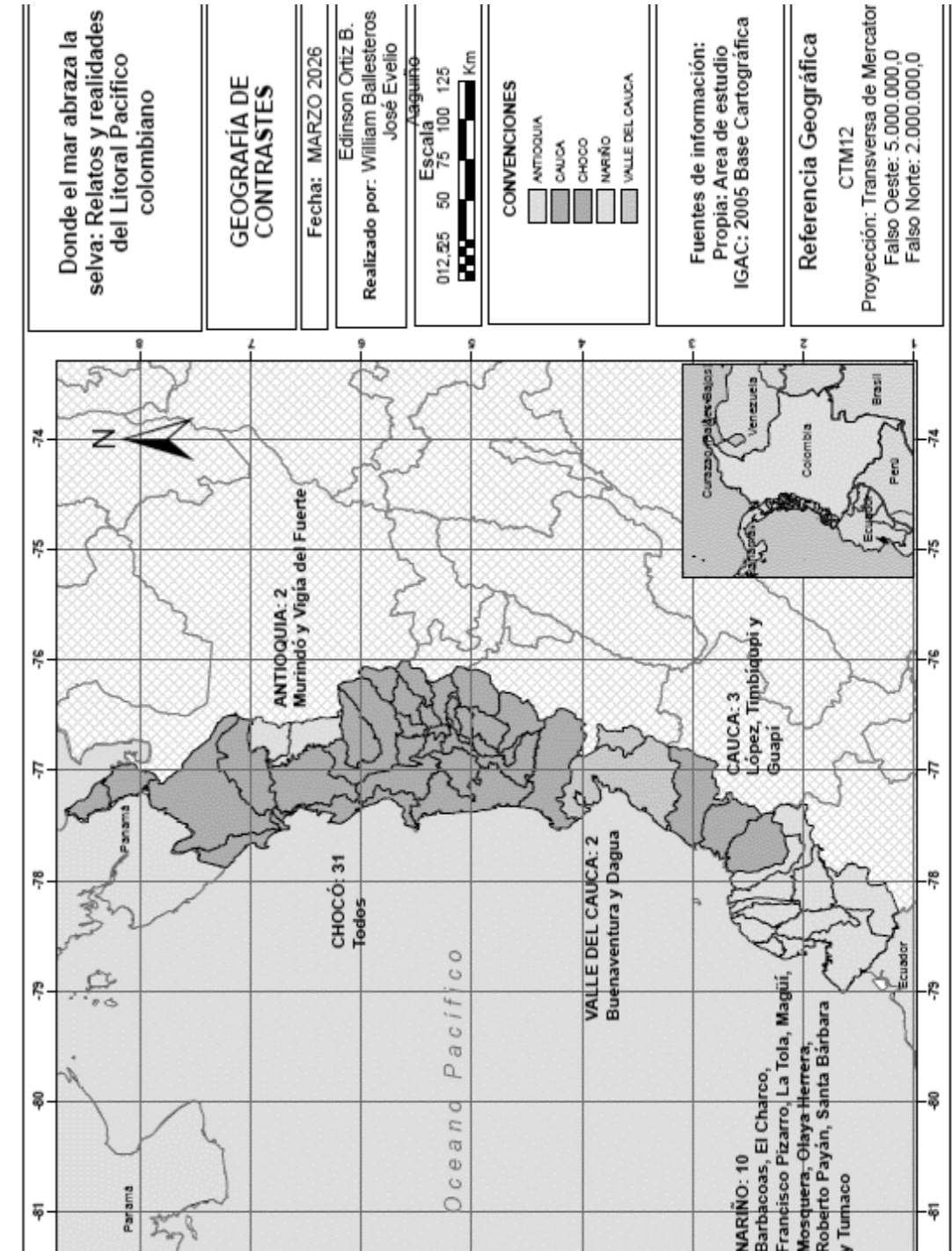


Figura 1. El Litoral Pacífico Colombiano. Fuente: Elaboración propia

tropicales, estas cuencas desembocan en el mar formando estuarios que sostienen una biodiversidad excepcional y sirven como sustento ancestral para comunidades afrodescendientes e indígenas. El caso del río Atrato, por ejemplo, trasciende lo ambiental para convertirse en símbolo de justicia ecológica: la Corte Constitucional de Colombia le otorgó estatus de sujeto de derechos, reconociendo su carácter sagrado y la cosmovisión de quienes lo habitan (Uprimny et al., 2020). Este reconocimiento no solo reafirma el papel vital de estos ríos en el equilibrio de los ecosistemas, sino que también visibiliza las luchas territoriales por el agua, el territorio y la dignidad.

La confluencia entre el mar y la selva en el Pacífico se expresa en su vegetación exuberante, alimentada por un régimen de lluvias constante que convierte al territorio en uno de los más húmedos del mundo. Las selvas húmedas, con su profusión de especies endémicas, y los manglares costeros actúan como barreras naturales contra la erosión, las marejadas y los eventos climáticos extremos, y estos manglares, además de proteger a las comunidades costeras, cumplen una función crucial en la captura de carbono azul, contribuyendo de manera significativa a la mitigación del cambio climático global. Estudios recientes han demostrado que los manglares del Pacífico colombiano no solo albergan una rica biodiversidad, sino que también resultan fundamentales para la seguridad alimentaria de las comunidades locales, que dependen de ellos para actividades como la pesca artesanal y la recolección de moluscos (Álvarez et al., 2022), de modo que preservar estos ecosistemas significa cuidar no solo la naturaleza, sino también la memoria viva de los pueblos que la habitan (ver figura 2).



**Figura 2.** *El Manglar y su biodiversidad.*  
Fuente: Elaboración propia

Sin embargo, la riqueza ecológica del litoral Pacífico colombiano enfrenta amenazas que comprometen su integridad y la supervivencia de las comunidades que dependen de ella, pues la deforestación, la minería ilegal, particularmente la extracción de oro, y la expansión de actividades sin control ambiental han dejado una huella profunda en los ríos y bosques, mientras el uso indiscriminado de mercurio contamina las aguas, afecta la salud humana y destruye hábitats esenciales para especies vulnerables. Frente a este escenario, las comunidades no han permanecido pasivas y su resistencia se manifiesta en acciones concretas de defensa territorial, restauración ecológica y vigilancia ambiental comunitaria, impulsadas en muchos casos por iniciativas de organizaciones como WWF Colombia, que en articulación con consejos comunitarios y pueblos indígenas han promovido la restauración de manglares, la creación de áreas protegidas y la recuperación de prácticas tradicionales de conservación (WWF Colombia, 2022).

El cambio climático, por su parte, actúa como un acelerador de los desequilibrios ya existentes en el litoral. Las variaciones extremas en los patrones de lluvia, las sequías prolongadas y la elevación del nivel del mar están transformando los ciclos agrícolas, debilitando la seguridad alimentaria y aumentando la vulnerabilidad de las poblaciones costeras. Según el IDEAM et al. (2023), estas transformaciones han comenzado a impactar los medios de vida tradicionales, especialmente la pesca artesanal y la agricultura de pancoger, forzando a muchas comunidades a buscar alternativas de adaptación como la diversificación productiva, el uso de tecnologías sostenibles y la implementación de saberes ancestrales para la gestión de riesgos climáticos, respuestas que no sólo evidencian la resiliencia local, sino también su capacidad para articular conocimientos tradicionales y científicos frente a crisis globales.

A pesar de estas tensiones, el litoral Pacífico continúa siendo una de las reservas de biodiversidad más excepcionales del planeta; sus manglares, selvas húmedas y ecosistemas marinos son el hogar de especies emblemáticas como el jaguar (*Panthera onca*), el puma (*Puma concolor*), el oso perezoso (*Choloepus hoffmanni*), y aves majestuosas como el águila arpía (*Harpia harpyja*) y la garza real (*Ardea alba*). En las aguas que bañan sus costas, migran cada año ballenas jorobadas (*Megaptera novaeangliae*) y tortugas marinas, cumpliendo ciclos vitales que cruzan continentes. Como señala Andrade (2021), la conservación de estos hábitats no solo es vital para Colombia, sino que aporta a la estabilidad ecológica global, al ser estos ecosistemas sumideros de carbono, reguladores climáticos y reservorios de vida silvestre única (ver figura 3).



**Figura 3. Biodiversidad en el Litoral Pacífico Colombiano.**

Fuente: Revista Semana (2018). A. Águila pescadora (*Pandion haliaetus*), B. Perezoso de tres dedos (*Bradypus variegatus*), C. Iguana verde (Iguana iguana). D. Paisaje costero. E. Serpiente nupa o boa constrictora (*Boa constrictor*). F. Tortuga terrestre (morrocoy) (*Chelonoidis carbonarius*). G. Puma (*Puma concolor*)

En el litoral Pacífico colombiano, la cultura no se concibe al margen de la naturaleza, sino como una prolongación de ella. Las expresiones artísticas y espirituales de las comunidades afrocolombianas e indígenas están impregnadas de elementos del entorno natural: el ritmo del currulao imita el vaivén del mar, el bunde invoca la memoria de los ancestros, y los rituales celebrados a orillas de los ríos no solo honran a los espíritus del agua, sino que renuevan el pacto colectivo con la vida. En estos territorios, conservar el bosque o cuidar un manglar no es simplemente una acción ambiental: es una práctica de resistencia cultural, una manera de proteger la identidad y el alma del pueblo. Como lo señala Mosquera (2022), las prácticas culturales del Pacífico constituyen formas de conocimiento ancestral que articulan ecología, memoria y espiritualidad, y que deben ser reconocidas como pilares fundamentales de cualquier estrategia de conservación.

### 2.3 LA SELVA: REFUGIO DE VIDA

Contiguo y distante al manglar se erige la selva del litoral Pacífico, no solo como paisaje, sino como una matriz vital, un organismo viviente que respira al ritmo de las lluvias, que se estremece con el trino de los pájaros invisibles y que resguarda, entre sus raíces, los secretos milenarios de la vida. En ella, el tiempo se curva; no hay relojes que midan su cadencia, ni mapas que contengan su espesura; la selva no se deja traducir fácilmente: hay que aprender a leerla con los sentidos y con el cuerpo.

Es refugio, madre y archivo, un territorio donde se cobijan especies que aún no han sido nombradas por la ciencia, pero que son conocidas y cuidadas por las comunidades negras e indígenas que han aprendido a convivir con ella, no desde la conquista sino desde el pacto. En los territorios del sur global, la naturaleza no se entiende como un recurso, sino como “una red densa de significados, relaciones y afectos que se expresan en una ética del cuidado y la reciprocidad” (Gudynas, 2011).

La selva protege, pero también reclama respeto; quien entra sin permiso puede extraviarse en sus laberintos verdes, no porque ella castigue, sino porque exige humildad. Desde tiempos coloniales ha sido refugio de cimarrones, de pueblos en fuga y de sueños no colonizados; allí se guarda el saber de las parteras, el idioma de las plantas y el tambor que no se deja silenciar, y en cada tronco y en cada raíz, habita una historia que no cabe en los libros de historia (ver figura 4).



**Figura 4.** Litoral Pacífico y su riqueza natural y turística. Fuente: Infobae (2023). Nota: Nuquí, con su biodiversidad única y avistamiento de ballenas es catalogado como un tesoro natural para turistas nacionales e internacionales.

A lo largo del litoral Pacífico, la selva se entrelaza con los ríos, se extiende hasta besar las costas y se erige como un escudo frente a la violencia que intenta penetrarla. En los departamentos de Chocó, Nariño, Cauca y Valle del Cauca, las comunidades han construido economías de subsistencia, sistemas de salud ancestral y formas de organización colectiva, sustentadas en un conocimiento profundo de los ciclos de la selva (Escobar, 2010). En estos territorios no hay agricultura sin luna ni recolección sin ceremonia.

Pero este refugio está amenazado; la minería ilegal, el narcotráfico, los monocultivos y la negligencia institucional fracturan sus equilibrios. Según el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM, 2023), el Pacífico colombiano pierde cada año miles de hectáreas de selva por deforestación, a pesar de ser uno de los ecosistemas con mayor biodiversidad del planeta; esta devastación no es solo ecológica, sino también espiritual, cultural y política, porque allí donde muere un árbol se silencia una memoria.

Frente a estas amenazas, la resistencia emerge desde las raíces; las guardias cimarronas, los consejos comunitarios, las mingas interétnicas y los cantos de curación levantan un cerco simbólico para defender la selva como territorio sagrado. Como advierte Santos (2010), la ecología de saberes que habita en estos pueblos constituye una alternativa real a la racionalidad capitalista y, solo reconociendo esa pluralidad epistémica, es posible pensar en un futuro sustentable.

La selva es refugio porque cuida, pero también porque enseña; no hay selva sin comunidad, ni comunidad sin selva. En sus senderos no se camina solo: se camina con los ancestros, con los espíritus del monte, con los susurros de las abuelas; la selva es la pedagogía más profunda que tiene el litoral, una escuela sin muros, un templo sin altares, y por eso, más allá de su exuberancia, la selva del Pacífico es un acto de amor colectivo, un refugio de vida que aún resiste, florece y sueña.

## 2.4 RÍOS Y ESTUARIOS: ARTERIAS DE LA VIDA

Toda esta geografía de mar, manglar y selva se entrelaza con ríos y estuarios del litoral Pacífico, esenciales para el equilibrio ecológico regional y el sustento de las comunidades locales; en estos ecosistemas acuáticos, donde confluyen aguas dulces y saladas, se generan ambientes ricos en nutrientes que sostienen una biodiversidad notable, mientras los estuarios actúan como “cunas marinas”, ofreciendo hábitats protegidos para la reproducción y

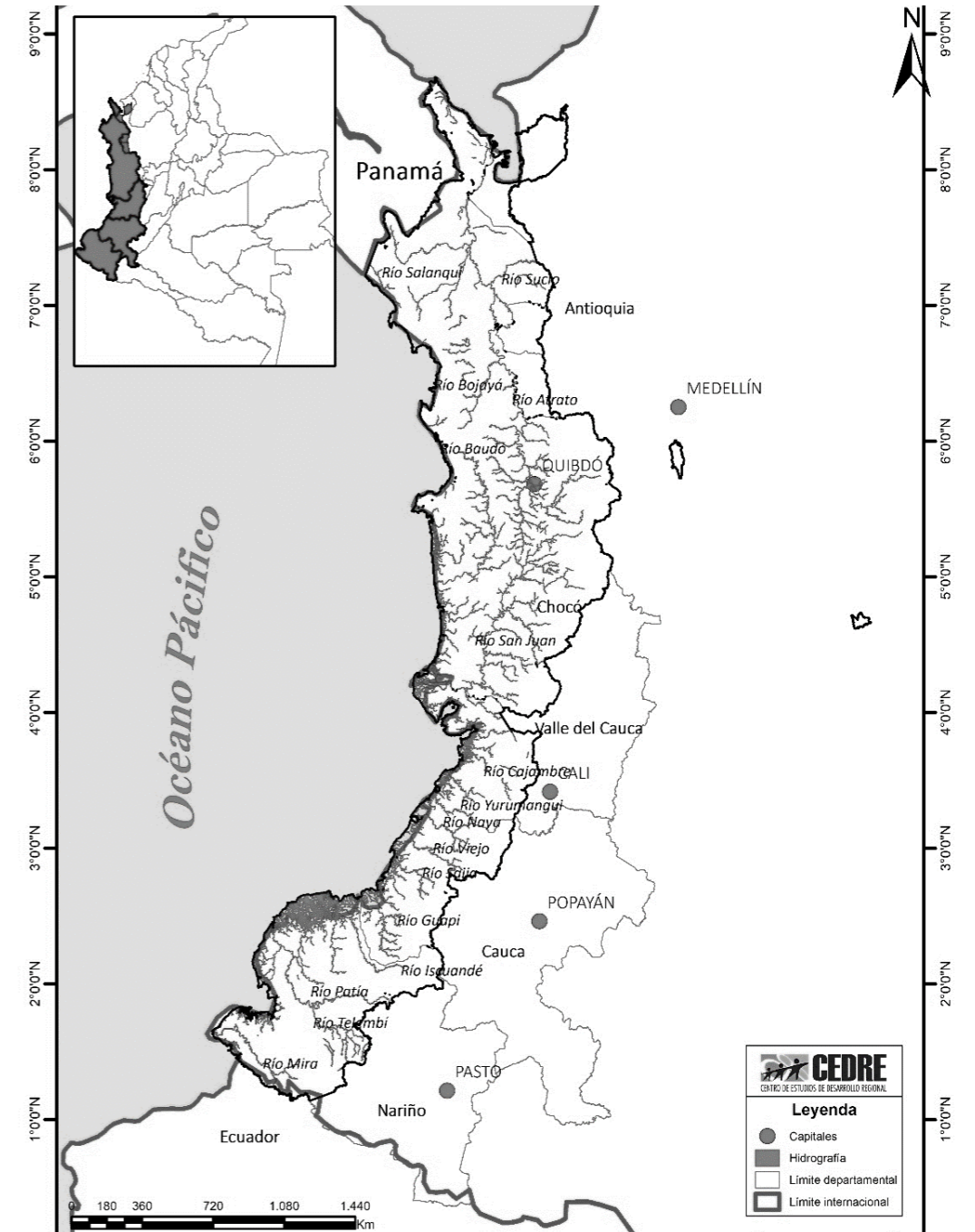


Figura 5. Mapa Hídrico del Litoral Pacífico Colombiano. Fuente: Elaboración propia

el crecimiento de peces, crustáceos y moluscos, además de servir como zonas de descanso y alimentación para aves migratorias, lo que los convierte en espacios clave para la conservación de la biodiversidad regional (Blanco & Álvarez, 2019) (ver figura 5).

A lo largo de este litoral, los ríos que desembocan en el Pacífico, como el Juradó, el Baudó y el San Juan, forman estuarios de gran relevancia ecológica, esenciales no solo para la fauna, sino también para las comunidades humanas que dependen de ellos. La pesca artesanal, una de las principales actividades económicas de la región, se sostiene gracias a los recursos que estos estuarios proveen, albergando especies como el bagre de mar y el róbalo, fundamentales tanto para la seguridad alimentaria como para la economía de las poblaciones costeras. Un informe de la Universidad Nacional de Colombia (2024) indica que más del 60 % de las familias costeras depende de la pesca en estos estuarios como fuente principal de ingreso.

Sin embargo, estos ecosistemas enfrentan graves amenazas debido a la contaminación por vertidos industriales y domésticos, la minería ilegal y la deforestación, factores que deterioran la calidad del agua y reducen la biodiversidad; en las cuencas de los ríos, la actividad minera ha incrementado la carga de mercurio en las aguas, alterando los ecosistemas acuáticos y afectando la salud de las comunidades que consumen estos recursos (Universidad Nacional de Colombia, 2024).

Ante estos desafíos, las iniciativas de restauración y conservación de los estuarios han cobrado una importancia estratégica. La reforestación de cuencas hidrográficas, el tratamiento adecuado de aguas residuales y la promoción de prácticas pesqueras sostenibles se han implementado en diferentes zonas, con resultados alentadores. Un ejemplo de ello es el proyecto de restauración del estuario de La Tola, en Nariño, que ha logrado recuperar más de 200 hectáreas de manglares en los últimos cinco años, mejorando la calidad del agua y favoreciendo el aumento de las poblaciones de especies marinas. Estas iniciativas, que integran el conocimiento ancestral de las comunidades locales, promueven técnicas de pesca respetuosas con el medio ambiente, como el uso de anzuelos y la rotación de zonas de pesca, para garantizar el equilibrio de los recursos (WWF Colombia, 2024).

Además, la participación de las comunidades locales en la gestión y conservación de los estuarios resulta clave, dado su conocimiento profundo del territorio y su relación cultural con estos ecosistemas; en muchos casos, los líderes comunitarios actúan como guardianes de los ríos y manglares, transmitiendo saberes ancestrales sobre sostenibilidad ambiental a las nuevas generaciones. La integración de estos enfoques tradicionales con las políticas de

conservación a nivel nacional e internacional ha demostrado ser eficaz en la protección de los estuarios y en el fortalecimiento de la resiliencia de las comunidades frente a los impactos del cambio climático (Martínez, 2018).

El cambio climático, además, ha exacerbado las amenazas a estos ecosistemas: las alteraciones en los patrones de precipitación y las sequías prolongadas afectan la agricultura y la disponibilidad de recursos hídricos para las comunidades, mientras que la subida del nivel del mar y las tormentas más intensas ponen en riesgo las zonas costeras, donde se encuentran los estuarios más productivos. En respuesta a estos desafíos, las comunidades han implementado prácticas de adaptación, como la diversificación de cultivos y la promoción de tecnologías sostenibles en la pesca y la agricultura (González, 2021).

En resumen, los ríos y estuarios del litoral Pacífico colombiano son arterias vitales para la vida de la región; su preservación es indispensable no solo para mantener la biodiversidad, sino también para asegurar los medios de vida de las comunidades que habitan esta rica y diversa zona del país. La protección de estos ecosistemas debe ser una prioridad en las políticas de conservación y desarrollo sostenible, considerando no solo los aspectos ecológicos, sino también las dinámicas culturales y económicas de las comunidades locales. Estos esfuerzos son esenciales no solo para la región, sino para la salud ambiental global, dado el papel que los estuarios desempeñan en el ciclo del carbono y en la regulación del clima.

## 2.5 ECOSISTEMAS EN EQUILIBRIO: FLORA Y FAUNA DEL PACÍFICO

El litoral Pacífico colombiano constituye un entramado de ecosistemas interdependientes que sustentan una de las biodiversidades más ricas y singulares del planeta. Desde las selvas tropicales hasta los manglares, estuarios y arrecifes coralinos, esta región alberga más de 5.400 especies de plantas, equivalentes al 17% de la flora nacional, y más de 2.000 especies de fauna endémica, muchas de las cuales no se encuentran en ningún otro lugar del mundo (WWF Colombia, 2023). Estos ecosistemas no solo proveen recursos vitales para las comunidades locales, sino que también cumplen funciones esenciales en la regulación del clima, el ciclo hidrológico y la conservación de la biodiversidad a escala global. Su protección exige, por tanto, una mirada integradora que reconozca tanto su valor ecológico como el papel cultural que desempeñan en las formas de vida tradicionales del Pacífico.

La exuberante biodiversidad del litoral Pacífico colombiano no constituye únicamente un tesoro ecológico, sino también un entramado simbólico y vital para las comunidades que lo habitan. En este territorio, los manglares actúan como santuarios bioculturales que resguardan tanto a especies en riesgo como a prácticas ancestrales de pesca artesanal, evidenciando que la conservación no puede desligarse de los saberes locales.

La biodiversidad del litoral Pacífico colombiano constituye un sistema ecológico y cultural estrechamente interdependiente con las comunidades que lo habitan. En los manglares y estuarios, especies como tortugas marinas, babillas y aves acuáticas coexisten con prácticas tradicionales de pesca y uso del territorio, mientras que en la selva húmeda de tierra firme destacan mamíferos como venados, tatabras, osos perezosos y primates, junto con una elevada diversidad de aves y reptiles. Esta coexistencia refleja una ecología relacional compleja que evidencia que los procesos de conservación no pueden dissociarse de los saberes locales ni comprenderse adecuadamente desde enfoques exclusivamente extractivos.

Desde la perspectiva de la conservación biocultural, esta región representa un ejemplo de interdependencia entre cultura y naturaleza, donde proteger la biodiversidad implica también salvaguardar lenguas, memorias y territorios (Toledo & Barrera, 2022). A medida que las dinámicas globales de mercado avanzan sobre la selva, se hace urgente revalorizar estos ecosistemas como espacios de justicia ambiental y de resistencia epistémica desde el sur.

La riqueza ornitológica del Pacífico colombiano no puede entenderse únicamente en términos de biodiversidad: es también un espejo de las dinámicas ecológicas globales y territoriales que entretejen la vida; estuarios y manglares, muchas veces degradados por el avance de la agroindustria o los proyectos extractivos, son nodos vitales para la supervivencia de aves migratorias como el halcón peregrino o la garza real, que hacen de este litoral un refugio transcontinental. Pero no son solo visitantes, aves endémicas como el colibrí de garganta morada o el tucán de quilla encuentran en la flora local no solo alimento, sino la posibilidad misma de existir. Desde una perspectiva de conservación biocultural, estos corredores biológicos no solo conectan ecosistemas, sino que sostienen relaciones simbólicas, territoriales y estéticas con las comunidades afrodescendientes que habitan la selva costera (Armenteras, et al., 2023); ignorar estas conexiones es renunciar a entender la conservación como una práctica viva, ética y situada en el sur global.

La flora del Pacífico colombiano no es solo una reserva botánica de asombrosa diversidad, sino un entramado vital donde lo ecológico y lo cultural se abrazan cotidianamente, pues árboles como el mangle rojo (*rhizophora mangle*) y el mangle blanco (*laguncularia racemosa*)

son pilares de los estuarios costeros cuyas raíces entrelazadas detienen la erosión, filtran contaminantes y crean viveros naturales donde inician su ciclo de vida peces, moluscos y crustáceos. Más allá de su función ecológica, la vegetación de las selvas tropicales, incluyendo especies de alto valor como el cacao fino de aroma y la palma de naidí, constituye un soporte esencial para las economías familiares afrodescendientes, y desde la perspectiva de la ecología política, esta interdependencia revela cómo las decisiones sobre el uso de la tierra son también decisiones sobre justicia territorial y sostenibilidad a largo plazo (Machado & Gudynas, 2023a), de modo que ignorar estas tramas invisibles equivale a debilitar las bases vivas de un territorio que aún resiste desde la raíz.

El frágil equilibrio entre flora y fauna en el Pacífico colombiano se quiebra cada vez que un bosque cae ante la motosierra de la minería ilegal o la expansión agroindustrial; destrucción que no solo reduce la capacidad de los manglares para almacenar carbono o de las selvas para albergar biodiversidad, sino que también silencia formas de vida ancestral profundamente ligadas al territorio. Las comunidades afrodescendientes y campesinas, que han convivido durante generaciones con el bosque y sus ciclos, enfrentan hoy una triple amenaza: la degradación ecológica, el despojo territorial y el aumento de los conflictos socioambientales, impactos que no son meramente ecológicos, sino el resultado de decisiones estructurales que marginan a quienes menos han contaminado y más han cuidado. Como señalan Ojeda y León (2022), el deterioro ambiental en zonas periféricas como el litoral Pacífico es inseparable de las desigualdades históricas que estructuran el modelo de desarrollo colombiano.

En medio de la arremetida extractiva que amenaza los ecosistemas del Pacífico colombiano, emergen con fuerza iniciativas locales de conservación que articulan memoria territorial, conocimiento tradicional y estrategias de gobernanza ambiental. Proyectos de restauración de manglares y reforestación liderados por comunidades afrodescendientes, en alianza con organizaciones como WWF, han comenzado a revertir el deterioro de áreas críticas; estas acciones no solo regeneran los paisajes, sino también las relaciones entre los pueblos y sus territorios.

La implementación de prácticas agroecológicas, como la producción diversificada bajo sombra o el uso de biofertilizantes naturales, permite una agricultura que no depreda, sino que convive y desde la perspectiva de la conservación biocultural, estas prácticas representan una alternativa real al modelo extractivista dominante y subrayan la importancia de integrar políticas públicas con iniciativas comunitarias. Como señalan Cárdenas y Correa (2023), fortalecer la conexión entre protección ambiental y soberanía territorial es clave

para garantizar que el Pacífico colombiano continúe siendo una fuente de vida, no solo para quienes lo habitan, sino para el planeta entero.

De ahí que los ecosistemas del litoral Pacífico colombiano encarnen un equilibrio vital entre biodiversidad, procesos ecológicos y culturas territoriales profundamente arraigadas. Lejos de ser simples reservas biológicas, estos espacios son tejidos de vida donde se entrelazan la memoria de los pueblos, las dinámicas del clima, y las luchas por la justicia ambiental; su protección no puede limitarse a decretos o planes institucionales: exige una alianza viva entre ciencia, política y comunidad. Como sostienen Escobar y Porto (2022), conservar el territorio es también resistir a las lógicas de despojo, y construir alternativas desde lo común y en ese sentido, el futuro del Pacífico colombiano dependerá tanto de las políticas públicas como de la dignidad con la que sus pueblos defiendan la selva, el mar y la esperanza de seguir habitando con sentido este mundo.

## 2.6 DESAFÍOS CLIMÁTICOS Y SU IMPACTO EN LA VIDA DIARIA

Toda esta belleza natural enfrenta desafíos climáticos que están reconfigurando las condiciones de vida en los territorios costeros del Pacífico colombiano, donde la geografía diversa y los ecosistemas interdependientes convierten a las comunidades en altamente vulnerables. El cambio climático no se percibe como una amenaza lejana, sino como una transformación diaria que afecta los ciclos agrícolas, las rutas pesqueras y la estabilidad de los suelos; las poblaciones afrodescendientes e indígenas, cuya vida depende estrechamente del mar y de la selva, enfrentan impactos que van desde la pérdida de biodiversidad hasta la inseguridad alimentaria y, según INVEMAR (2022), el aumento sostenido de la temperatura marina ha alterado la dinámica de especies clave para la pesca artesanal en el Pacífico colombiano, reduciendo las capturas y comprometiendo la economía familiar en los municipios costeros del suroccidente.

Una de las consecuencias más visibles del cambio climático en estas comunidades es el aumento de la temperatura del agua marina, que ha modificado profundamente los ciclos de vida de especies clave para la pesca artesanal; esta transformación afecta la distribución, el comportamiento y la reproducción de peces como la corvina, el pargo y el róbalo, reduciendo drásticamente las capturas y obligando a los pescadores a recorrer mayores distancias sin garantía de éxito. Como lo expresa Ana María Pérez (comunicación personal, 15 de marzo de 2023, pescadora de Guapi:

*“La pesca ha sido nuestra vida, pero cada año encontramos menos peces en el mar, lo que obliga a trabajar más y obtener menos”*.

Esta pérdida no solo afecta la economía local, sino también la soberanía alimentaria de cientos de familias costeras, y, de acuerdo con Martínez y Rodríguez (2022), el aumento sostenido de la temperatura oceánica en el Pacífico colombiano ha desplazado especies fundamentales y ha desestabilizado las zonas tradicionales de pesca, con fuertes oleajes que incrementan la vulnerabilidad de quienes dependen del mar para vivir (ver figura 6).



**Figura 6.** Efectos del Cambio Climático en el municipio de Barbacoas, Litoral Pacífico Colombiano

Fuente: Politika, (2018). Inundación en Quibdó-Chocó.

Además del impacto sobre la pesca, la agricultura local también sufre los efectos del cambio climático, comprometiendo seriamente la estabilidad alimentaria de las comunidades rurales. Los ciclos de lluvia son cada vez más erráticos: períodos de sequía prolongada se alternan con lluvias intensas que erosionan los suelos y arruinan las cosechas, una inestabilidad que ha afectado especialmente a cultivos como el arroz, el plátano y el cacao, que tradicionalmente han sustentado tanto la dieta como los ingresos de las familias campesinas. Carlos Gómez (comunicación personal, 2023) agricultor de Tumaco, lo expresa con claridad:

*“No podemos confiar más en el clima; los cultivos ya no crecen como antes y la incertidumbre se ha convertido en nuestra compañera diaria”.*

Según Castaño y Forero (2021), la imposibilidad de anticipar las estaciones de siembra y cosecha ha incrementado los costos de producción y reducido los márgenes de subsistencia en zonas vulnerables del suroccidente colombiano, acentuando las desigualdades históricas que enfrentan las economías campesinas.

Otro desafío creciente para las comunidades del litoral es la erosión costera, intensificada por el aumento del nivel del mar y la frecuencia de tormentas extremas. Este fenómeno no solo transforma los paisajes, sino que amenaza directamente las condiciones de vida de quienes habitan cerca de manglares y zonas bajas. Según Martínez et al. (2022), la salinización de los suelos y la pérdida progresiva de tierra cultivable han provocado la destrucción de viviendas, cultivos y caminos, debilitando las infraestructuras locales y obligando a muchas familias a desplazarse tierra adentro. Esta forma de desplazamiento ambiental, aún poco reconocida institucionalmente, genera conflictos por el uso del suelo, fragmenta los tejidos comunitarios y profundiza las desigualdades ya existentes, y, como advierten Rodríguez y Herrera (2022), si no se aplican medidas de adaptación climática con justicia territorial, estos procesos de erosión pueden convertirse en nuevas formas de exclusión y despojo.

La degradación ambiental también ha comenzado a desplazar cuerpos y memorias, pues el cambio climático está forzando a muchas familias a abandonar sus territorios ancestrales, no por conflictos armados, sino por la imposibilidad de seguir sembrando, pescando o habiendo en condiciones dignas. El éxodo de comunidades rurales hacia centros urbanos como Tumaco o Buenaventura se ha intensificado en los últimos años, impulsado por la pérdida de recursos naturales, la salinización de los suelos y la inestabilidad hídrica; un desplazamiento climático que genera nuevas formas de pobreza en las ciudades, donde las familias llegan sin redes de apoyo ni acceso a servicios básicos y como lo advierte Luis Martínez (comunicación personal, 2022), sociólogo de la Universidad Nacional:

*“El cambio climático está creando nuevas formas de marginalidad urbana al romper los lazos que sostienen la vida rural”.*

Este fenómeno, aun escasamente reconocido por las políticas públicas, plantea el desafío de repensar la protección territorial como un derecho humano fundamental frente a la crisis ambiental.

Los efectos del cambio climático en el Pacífico colombiano no son abstractos ni lejanos: se sienten en la disminución de las cosechas, en la escasez de peces y en las casas socavadas por la marea; una transformación ambiental que ha traído consigo desplazamientos silenciosos, pérdida de territorios productivos y rupturas en las formas tradicionales de vida. Para muchas comunidades, la amenaza climática no es una posibilidad futura, sino una urgencia cotidiana, y, como afirman Guesta y Gómez (2021), el cambio climático ha agravado condiciones históricas de vulnerabilidad social, intensificando la inseguridad alimentaria y reduciendo las capacidades de adaptación en zonas marginadas del litoral colombiano.

Sin embargo, ante estas crisis las comunidades no han perdido el horizonte, y lejos de resignarse han respondido con prácticas adaptativas basadas en el conocimiento local, la organización colectiva y la defensa del territorio. Iniciativas como la agroforestería, la siembra de manglares, las vedas comunitarias y los calendarios ecológicos demuestran una capacidad de resiliencia que desafía los discursos de dependencia. Estas acciones, que integran sostenibilidad ecológica y justicia social, permiten no solo mitigar los efectos del cambio climático, sino también afirmar una forma de vida enraizada en el cuidado mutuo y en el respeto por la naturaleza y en palabras de Restrepo y Melo (2023), las estrategias de adaptación lideradas por comunidades étnicas son clave para repensar modelos de desarrollo más justos, inclusivos y sostenibles.

De este modo, la lucha contra el cambio climático en el Pacífico no se reduce a una cuestión ambiental, sino que constituye también una apuesta ética, cultural y política por seguir habitando el territorio en paz. En cada jornada de reforestación y en cada acuerdo comunitario para proteger el manglar se siembran, además, los valores de solidaridad, autonomía y justicia, esfuerzos que deben ser reconocidos y fortalecidos por las políticas públicas, no solo como respuestas técnicas, sino como expresiones legítimas de autodeterminación territorial. Aristizábal (2023) subraya que una política nacional de cambio climático con enfoque territorial debe reconocer la particularidad de cada territorio, descentralizar la toma de decisiones y fortalecer la autonomía local, lo cual resulta indispensable para garantizar no solo la sostenibilidad ecológica, sino también la dignidad y permanencia de los pueblos en sus territorios ancestrales.

El ecoturismo ha emergido igualmente como una alternativa económica sostenible en varios territorios del Pacífico, permitiendo a las comunidades generar ingresos sin comprometer la integridad de los ecosistemas. Esta práctica se ha consolidado no solo como estrategia de conservación, sino también como vía para el reconocimiento cultural y territorial de los pueblos afrodescendientes e indígenas. De acuerdo con Martínez et al. (2022), el ecoturismo

comunitario puede funcionar como una herramienta de justicia ambiental en la medida en que redistribuye beneficios, fortalece el tejido social y pone en valor saberes locales tradicionalmente invisibilizados.

En municipios como Tumaco y Barbacoas se ofrecen recorridos por manglares, avistamiento de aves y experiencias gastronómicas y culturales que conectan a los visitantes con el entorno y con las memorias vivas del territorio. Esta forma de turismo ético no solo dinamiza la economía, sino que sensibiliza y educa, promoviendo una convivencia armónica entre visitantes, comunidades y naturaleza.

Los desafíos climáticos están teniendo un impacto directo, profundo y cotidiano en la vida de las comunidades del Pacífico colombiano: la alteración de los ciclos de lluvia, la reducción de las capturas pesqueras, la degradación de los suelos agrícolas y la erosión costera no son fenómenos aislados, sino expresiones simultáneas de una crisis ecológica que interfiere en los derechos básicos a la alimentación, la vivienda y la permanencia en el territorio. Sin embargo, la respuesta comunitaria no ha sido pasiva, ya que estrategias como la agroforestería, la pesca responsable, la restauración de manglares y el ecoturismo han surgido como formas de adaptación culturalmente situadas que conjugan sostenibilidad, autonomía y conocimiento ancestral.

La articulación entre el conocimiento local, la organización comunitaria y el apoyo institucional es esencial para garantizar que estas estrategias se fortalezcan y perduren (Aristizábal, 2023), por lo que las políticas públicas deben reconocer el papel protagónico de las comunidades como agentes de cambio y no solo como poblaciones receptoras de asistencia. El acompañamiento de organizaciones sociales, centros de investigación y cooperación internacional puede potenciar estos procesos siempre que respete la autonomía y la voz propia de los territorios, ya que resistir al cambio climático no es únicamente una cuestión técnica, sino también de dignidad, historia y decisión colectiva, de manera que la ruta hacia la sostenibilidad en el Pacífico no puede desligarse del derecho a vivir con justicia y en paz en los territorios que han sostenido la vida durante siglos.

## 3. EL IMPACTO DE ESTA GEOGRAFÍA EN LAS COMUNIDADES

### 3.1 MODOS DE VIDA ADAPTADOS AL ENTORNO

LA GEOGRAFÍA EXUBERANTE Y DESAFIANTE del litoral Pacífico colombiano ha moldeado, a lo largo de los siglos, una pluralidad de modos de vida profundamente enraizados en el territorio, pues selvas densas, ríos caudalosos y mareas impredecibles no solo han condicionado la movilidad y el acceso a los recursos, sino que también han generado sistemas culturales complejos de adaptación ecológica, de manera que las comunidades afrocolombianas, indígenas y mestizas han tejido su cotidianidad con los ritmos del entorno, desarrollando técnicas de pesca fluvial y oceánica, agricultura itinerante bajo sombra y saberes medicinales ancestrales transmitidos oralmente, y lejos de ser prácticas primitivas o marginales, estas formas de habitar encarnan una racionalidad ecológica que desafía los paradigmas desarrollistas y productivistas, ya que, como plantea Leff (2021), el saber ambiental de los pueblos del sur se construye desde la experiencia sensible con la naturaleza, en resistencia a las lógicas extractivas que desarticulan la vida, por lo que comprender estos modos de vida es reconocer que el territorio no es solo un recurso, sino un tejido vital donde se articula la dignidad colectiva.

En las aguas tranquilas de los estuarios del Pacífico colombiano, donde la selva se encuentra con el mar, la pesca artesanal no es únicamente una estrategia de subsistencia, sino también

una forma de conocimiento ecológico encarnado, pues las comunidades afrodescendientes, en diálogo constante con los ciclos de las mareas y los movimientos de los peces, han desarrollado técnicas sostenibles como la pesca con anzuelos manuales y el uso de canoas adaptadas a los laberintos de los manglares, y esta relación con el mar trasciende el alimento al constituir una pedagogía intergeneracional que transmite valores de cuidado, reciprocidad

y respeto por los ciclos naturales, de manera que, desde la perspectiva de la conservación biocultural, la pesca artesanal representa una práctica resiliente frente al avance de modelos industriales que depredan los mares sin memoria, por lo que, como señalan Bonilla y Herrera (2023), preservar estas prácticas implica no solo proteger los ecosistemas, sino también salvaguardar las culturas vivas que los sostienen (ver figura 7).



Figura 7. Pesca Artesanal en el Litoral Pacífico colombiano.  
Fuente: Hurtado (2024)

En el litoral Pacífico colombiano, como se ha establecido, los ríos no son simples cuerpos de agua, sino caminos vivientes y arterias de conexión cultural, económica y afectiva, de manera que ríos como el Atrato y el Patía no solo transportan personas y mercancías, sino también historias, cantos, alimentos, medicina y esperanza. Ante la ausencia estructural de vías terrestres y políticas de conectividad, el río se convierte en el espacio donde ocurre la vida colectiva, donde se negocia el presente y se proyecta el porvenir, y desde una perspectiva de territorialidad fluvial, su uso representa una forma de habitar en movimiento que desafía la rigidez de las fronteras políticas y denuncia el abandono estatal en zonas periféricas, por lo que, como afirman Ulloa y Rueda (2022), comprender los ríos como espacios de vida y no solo como recursos, implica repensar las políticas de desarrollo desde el respeto a las formas ancestrales de movilidad y cuidado territorial.

Cultivar la tierra en esta región ha sido siempre un acto de sabiduría y resistencia, pues en un entorno donde la pluviosidad supera con frecuencia los 6.000 mm anuales y el acceso terrestre es limitado, las comunidades afrodescendientes e indígenas han desarrollado prácticas agrícolas profundamente enraizadas en su relación con la naturaleza, de manera que la agricultura de subsistencia, lejos de ser una forma de marginalidad, expresa soberanía alimentaria y resiliencia territorial, ya que sembrar plátano, arroz o cacao, implica también cuidar la memoria de quienes han transmitido estos conocimientos, mientras que prácticas como la rotación estacional de cultivos o el uso de terrazas para mitigar la erosión revelan una comprensión agroecológica sofisticada, de modo que, como sostienen Altieri y Toledo (2021), estos saberes tradicionales no solo son funcionales, sino que constituyen respuestas estructurales frente a las crisis climáticas y al modelo agroextractivo dominante (ver figura 8).

Más allá de sus prácticas económicas, las comunidades han tejido formas de organización social profundamente marcadas por la geografía, de manera que la dispersión territorial y las dificultades de acceso han favorecido estructuras comunitarias donde la cooperación no es un valor abstracto, sino una necesidad vital. La construcción de puentes flotantes, las mingas para abrir caminos o sembrar parcelas y la distribución colectiva de alimentos son expresiones de una lógica de comunalidad que permite afrontar la adversidad con dignidad compartida, y desde la perspectiva del capital social relacional, esta cohesión no solo fortalece la resiliencia frente al abandono institucional, sino que activa redes de confianza y reciprocidad que sostienen el tejido social; como afirman García y Escamilla (2023), estas formas de vida comunitaria son parte de una ecología política del cuidado, donde la solidaridad no es caridad, sino estrategia territorial para sobrevivir y resistir.



**Figura 8.** Agricultura sostenible en el Litoral Pacífico colombiano

Fuente: pacificotaskforce.com (2024). Nota: Integrantes de la Asociación Gaade Las Sirenas en labores agrícolas.

La relación entre las comunidades y la selva tropical no se reduce a una lógica utilitaria, sino que constituye un vínculo simbiótico forjado en la escucha del territorio y en la transmisión paciente del saber, de manera que de la selva emergen alimentos, medicinas, materiales de construcción y, sobre todo, sentidos de pertenencia. El uso de plantas como el anamú, el curapacho o el bejuco de agua no obedece solo a su funcionalidad, sino a un conocimiento acumulado que entrelaza salud, espiritualidad y ecología, mientras que la madera no solo edifica hogares, sino que construye historias, y las fibras vegetales que se transforman en canastos o taparrabos no son mercancías neutras, sino expresiones de identidad, economía y estética. Desde la perspectiva de la conservación biocultural, estas prácticas reflejan una



































(2013), las prácticas narrativas en contextos acuáticos del Pacífico colombiano permiten una educación flotante, móvil y capaz de adaptarse al ritmo cambiante de la vida ribereña.

Los relatos también viajan en los instrumentos musicales, pues la marimba, el cununo y el guasá no solo marcan el ritmo de las danzas, sino que son portadores de historias codificadas, de manera que en algunas piezas tradicionales cada golpe del cununo representa un paso en el camino del abuelo y cada vibración de la marimba revive el canto de un antepasado. Esta dimensión sonora del saber ha sido explorada por Rodríguez (2024), quien sostiene que la oralidad instrumental afrocolombiana articula narrativa, espiritualidad y resistencia mediante una gramática rítmica que trasciende la palabra hablada.

En territorios marcados por el conflicto armado, como el Bajo San Juan o el Alto Telembí, la oralidad ha funcionado como refugio para proteger el conocimiento frente al desplazamiento forzado, ya que muchas familias, al abandonar sus casas, cargaron no solo con objetos materiales sino también con historias que hoy siguen contándose en los nuevos asentamientos, sosteniendo la identidad y manteniendo vivo el nombre de los ríos, caminos y árboles que quedaron atrás. Aquí la oralidad afrodescendiente actúa como una tecnología de la memoria que permite reconstruir territorio incluso en la diáspora interna (Rodríguez, 2024).

Conviene resaltar que la oralidad no se transmite únicamente de los mayores hacia los jóvenes, sino que también circula de forma horizontal, ya que en los encuentros musicales y en las reuniones de consejo comunitario los relatos fluyen entre pares y enriquecen el saber común, evitando jerarquías rígidas y permitiendo una democratización del conocimiento. Freja (2013) afirma que la oralidad afrocolombiana es un dispositivo colectivo de producción de saberes que favorece la participación y la creación compartida de sentido.

La cocina constituye otro de los espacios donde la oralidad florece de manera natural, pues mientras se muele el maíz o se lava el pescado las mujeres mayores conversan con niñas y adolescentes sobre lo necesario para alimentar, curar y proteger a la familia, y en ese proceso se aprende que el arroz con coco no se revuelve de cualquier manera, que el biche cura los sustos si se toma al alba y que el pescado seco debe guardarse envuelto en hoja de plátano como lo hacía la bisabuela, de modo que este conocimiento gastronómico transmitido sin manuales ni pizarras representa una forma profunda de cuidado colectivo.

Del mismo modo, en los rituales funerarios se concentra un caudal de sabiduría oral que trasciende el dolor, ya que durante los nueve días del velorio las cantaoras, los sabedores

y las familias reconstruyen la vida del fallecido pero también el mapa moral de la comunidad, recordando quién enseñó a pescar, quién curó y quién sembró la tierra con amor, de manera que esta práctica pedagógica del duelo se encuentra profundamente arraigada en la ética afrodescendiente del Pacífico. Como explican Arboleda et al. (2013), los velorios cantados son actos de educación comunitaria donde la muerte convoca al aprendizaje y al fortalecimiento del tejido social (ver figura 20).



Figura 20. Novenas y velorios en el Litoral Pacífico colombiano.

Fuente: Talento Chocoano (2014)

En el contexto actual de digitalización global, algunas comunidades afro del litoral han comenzado a experimentar con nuevas formas de preservar la oralidad a través de la tecnología, sin perder su carácter sensible y colectivo, de modo que jóvenes en Guapi, Tumaco y Buenaventura han empezado a grabar con sus celulares las historias de sus abuelos, a crear pódcast de arrullos o a subir décimas a plataformas digitales, configurando una hibridez entre oralidad ancestral y medios contemporáneos que muestra cómo el conocimiento oral no se cristaliza en el pasado, sino que se adapta y se reconfigura con creatividad. Para Prieto (2024), las tecnologías emergentes en manos de las juventudes están dando lugar a archivos sonoros comunitarios que revitalizan la palabra oral en el siglo XXI.















**Figura 22.** *Gualíes, alabaos y levantamientos de tumba, rituales mortuorios en el municipio del Medio San Juan.*  
Fuente: Ministerio de cultura 2025.

La influencia de los ríos en la vida cotidiana de las comunidades del litoral Pacífico colombiano trasciende su valor utilitario y se inscribe en una lógica cultural donde el agua es fuente de vida, guía espiritual y eje estructurador del territorio. Las corrientes y ciclos hídricos marcan los ritmos de las actividades agrícolas, pesqueras y comerciales, determinando cuándo es propicio sembrar, pescar o descansar. En regiones como Tumaco o el río Mira, los pobladores interpretan los movimientos del agua con la misma precisión con que se leen los astros. Retamal (2021) afirma que los rituales ligados a los ríos enseñan un ciclo de respeto donde la sostenibilidad emerge como principio rector para la gestión colectiva del agua.

Las leyendas y rituales transmitidos por las comunidades afrodescendientes y ancestrales cumplen un papel pedagógico fundamental. A través de estos relatos se preserva un conocimiento que combina saberes empíricos con espiritualidad, enseñando a las nuevas

generaciones la importancia de cuidar y respetar los ecosistemas acuáticos. López y Ramírez (2022) sostienen que la oralidad en torno a los ríos se convierte en un canal de transmisión de valores ambientales que fortalecen las prácticas sostenibles de las comunidades ribereñas. Así, el acto de contar historias también es un acto de resistencia cultural frente a las amenazas del extractivismo y la desmemoria.

Los ríos, en este contexto, no son meros objetos geográficos, sino entidades vivas con las que se tejen relaciones profundas. Ulloa y Rueda (2022) explica que, desde las ecologías del sur, los ríos son concebidos como sujetos con derechos, capaces de interactuar y dialogar con las comunidades que los habitan. Esta visión contrasta con el enfoque instrumental de la modernidad, ofreciendo una alternativa ética y política que invita a repensar el vínculo entre sociedad y naturaleza desde una perspectiva más holística.

Frente al avance de modelos de desarrollo que reducen el agua a una mercancía, resulta urgente reconocer la legitimidad de estos conocimientos territoriales. Integrar las prácticas culturales ribereñas en los sistemas de gobernanza ambiental no solo enriquece la toma de decisiones, sino que también amplía el horizonte de la sostenibilidad. Gudynas (2011) señala que los saberes ancestrales no deben ser considerados como complementarios, sino como pilares fundamentales de una nueva racionalidad ecológica que articule justicia ambiental, equidad cultural y resiliencia comunitaria en contextos como el Pacífico colombiano.

## 4.3 LA SELVA Y SU INFLUENCIA EN LA ESPIRITUALIDAD DEL LITORAL PACÍFICO

### 4.3.1 LA SELVA COMO ESPACIO SAGRADO

Para las comunidades del litoral Pacífico colombiano, la selva es un templo viviente, un territorio de lo sagrado donde habitan los espíritus de los ancestros y se restablece el equilibrio entre lo visible y lo invisible. En este espacio, la vida no se divide entre lo espiritual y lo material, sino que fluye como una totalidad. Cada árbol, cada río y cada sendero tiene memoria. Según Escobar (2020), la naturaleza no es objeto de dominación, sino sujeto de relación; es un tejido de significados en el que los pueblos construyen su mundo, una visión que transforma la selva en un santuario, donde la salud, la espiritualidad y la política se entrelazan en cada acto cotidiano.



Los recorridos de sanación por el bosque son verdaderos rituales de reconexión. Los curanderos, parteras, yerbateros y sobanderas no solo identifican especies, también saben cuándo y cómo recogerlas, en qué fase lunar, en qué estación, con qué palabras y desde qué estado emocional. Las prácticas medicinales se tejen con los ciclos de la naturaleza y con el respeto profundo por los saberes heredados. En muchos casos, una infusión de borjón o la aplicación de una cataplasma de guásimo son tan eficaces como una prescripción farmacológica, pero tienen además el poder simbólico de restablecer el equilibrio interno. Los territorios curativos del Pacífico no son espacios neutrales: están cargados de historia, espiritualidad y memoria de lucha contra el despojo (Restrepo y Melo, 2023).

En un mundo dominado por la medicina alopática y las industrias farmacéuticas, estos saberes han sido históricamente subvalorados, ignorados o incluso perseguidos. Sin embargo, en las últimas décadas ha surgido un renovado interés por reconocer la importancia de los sistemas médicos tradicionales como patrimonio vivo, no solo por su eficacia, sino por su coherencia ecológica y cultural. Según Quintero y Bolaños (2021), muchas especies medicinales del Pacífico tienen propiedades antiinflamatorias, antibacterianas o analgésicas comprobadas científicamente, pero lo que las hace únicas es el conocimiento contextual que las acompaña: el bosque habla, y hay que aprender a escucharlo con humildad.

Frente a los efectos del cambio climático, la pérdida de biodiversidad y el avance del extractivismo, proteger estos saberes se ha vuelto una urgencia política y ética. Las comunidades lo saben: defender sus plantas es también defender su derecho a sanar con dignidad. Muchas de ellas han creado jardines comunitarios, escuelas de medicina ancestral y archivos orales que registran las recetas de las abuelas. En estos territorios curativos, la selva no es recurso: es madre, farmacia, templo y maestra. Restrepo y Melo (2023) afirman que la medicina ancestral no es alternativa, es central; no es pasado, es presente vivo que se renueva en cada hierba, en cada canto de curación. Así, mientras el mundo enferma de desconexión, en el corazón del bosque todavía florece la esperanza.

#### 4.3.3 LA MEDICINA ANCESTRAL Y LOS SECRETOS DE LAS PLANTAS

En el corazón de la selva, la medicina no se receta: se comparte, se sopla, se entona. Cada planta que crece en los márgenes del río o bajo la sombra de un árbol centenario guarda en sus hojas y raíces no solo compuestos químicos, sino también secretos susurrados durante siglos. La medicina ancestral en las comunidades del litoral Pacífico colombiano es un arte del cuidado que trasciende lo físico. Se trata de una ciencia viviente, basada en la

observación rigurosa de los ciclos de la naturaleza y en la transmisión oral del conocimiento, que entreteje el cuerpo, la memoria y el espíritu. Gómez et al. (2015) afirman que la medicina ancestral del Pacífico colombiano es un sistema holístico que integra cuerpo, mente y espíritu, utilizando las plantas no solo como remedios curativos, sino también como medios para restablecer el balance espiritual del individuo (ver figura 23).



**Figura 23.** *La medicina ancestral del Litoral Pacífico colombiano.*

Fuente: UNAL (2015). Nota: Foto tomada por Saul Monart

Este conocimiento, celosamente guardado por parteras, yerbateras, curanderos y sabedores, se aprende con paciencia y humildad. No basta con saber el nombre de una planta: hay que comprender su temperamento, conocer su ciclo vital e intuir cuándo está lista para ser tomada sin que el bosque se resienta. Muchas veces, los nombres comunes de las plantas están ligados a mitos que explican sus propiedades: el "matarratón" purga lo malo, el "llantén" llama la calma, el "guásimo" sana las dolencias del alma. Según Gómez et al. (2015), este lenguaje botánico ancestral está cargado de metáforas que vinculan el cuerpo humano con el cuerpo de la selva, estableciendo una medicina simbólica que opera por correspondencias y resonancias.





el papel de las comunidades como sujetas de conocimiento en la defensa de su territorio y su bienestar.

## 4.4 MITOS Y TRADICIONES COMPARTIDAS DEL LITORAL PACÍFICO

### 4.4.1 HISTORIAS DE ESPÍRITUS DEL AGUA Y GUARDIANES DE LA SELVA

En el Pacífico colombiano, las aguas hablan y los montes guardan secretos; para quienes han nacido en las orillas del río San Juan, del Mira o del Telembí, el paisaje no es solo un entorno, sino una presencia. Desde niños aprenden que hay esteros donde no se grita, árboles que no se talan sin permiso y pozos donde el alma puede perderse si no se respeta el silencio. En estas tierras, los espíritus del agua y los guardianes de la selva no habitan un universo mítico separado de la vida cotidiana, sino que forman parte integral del tejido ecológico, espiritual y ético del territorio, de modo que las ecologías sonoras y espirituales de las comunidades afrodescendientes constituyen modos de conocimiento encarnados en el cuerpo, el territorio y la memoria (Cárdenas y Correa, 2023).

Las narraciones de los mayores relatan que cuando el río se ensucia injustamente o se pesca sin ritual, el agua se retira o se vuelve espesa como castigo, revelando una percepción del agua como ser vivo con afectos y voluntad, fundamental en las cosmologías negras del litoral; no es simple metáfora, sino pedagogía. Así lo recogen Castaño y Forero (2021), quienes afirman que para estas comunidades la naturaleza no es un objeto de uso, sino una entidad moral con la que se establecen pactos simbólicos, implicando una ética que trasciende la ley escrita: quien tala un árbol sin permiso puede extraviarse y quien se burla de un espíritu del estero puede caer en fiebre o ser visitado por sueños premonitorios.

Entre las sombras húmedas del monte, los relatos evocan la figura del dueño del monte, también llamado Padre Monte o el gran guardián, un ser sin forma fija que a veces aparece como un anciano cubierto de lianas y otras veces se manifiesta en el silencio repentino de los animales. En los relatos de Barbacoas, los sabedores advierten que quien entra al bosque sin permiso será desorientado, oirá voces que lo confunden o sentirá la selva cerrarse sobre su espalda; esta narrativa, lejos de ser un simple cuento, encarna un principio regulador de

sostenibilidad, pues como sostiene Freja (2013), las figuras espirituales del Pacífico operan como sistemas normativos orales que preservan los equilibrios ecosistémicos desde la práctica cultural.

Los ríos también tienen sus moradores; en las comunidades de Guapi y Timbiquí, se narra la existencia del espíritu del remolino, que castiga la desobediencia infantil o el abuso del agua, mientras las madres enseñan a sus hijos a pedir permiso antes de sumergirse, a bendecir el agua antes de beberla y a agradecer después de pescar, prácticas que expresan un conocimiento ambiental acumulado por generaciones.

En la zona de Nuquí, algunos relatos atribuyen a las ballenas el rol de mediadoras entre el océano y los pueblos, y se dice que cuando se avistan fuera de temporada o se las escucha cantar de manera distinta anuncian desequilibrios en la costa; esta espiritualidad marina, profundamente conectada con los ritmos de la naturaleza, ha sido documentada por Fernández et al. (2021), quienes afirman que la relación entre animales marinos y comunidades negras del Pacífico configura un pensamiento inter-especie donde lo simbólico y lo ecológico son inseparables, de modo que las ballenas no son solo fauna, sino cuerpos sagrados que cantan para advertir, bendecir o recordar.

Los mitos también funcionan como refugio frente al dolor histórico. En territorios golpeados por el conflicto armado, como López de Micay o El Charco, han surgido relatos de figuras protectoras que acompañan a los desplazados, como La sombra serena, un espíritu femenino que guía en sueños a quienes deben abandonar su tierra, mostrando caminos seguros o brindando consuelo. Fernández et al. (2021) analizan estas figuras como tecnologías espirituales del duelo colectivo, que permiten tramitar el trauma desde códigos simbólicos profundamente enraizados en la tradición oral, de modo que el mito no evade la realidad, sino que la abraza, la nombra y la dignifica.

La juventud no ha dejado morir estos relatos, sino que los resignifica; en Tumaco y Buenaventura, colectivos de jóvenes han convertido las leyendas del Riviel, La Tunda y el hijo del río en guiones para teatro comunitario, décimas contemporáneas y producciones audiovisuales. Esta resignificación constituye una forma de reexistencia, pues según Rodríguez (2024), la apropiación estética del mito por parte de las juventudes afropacíficas no solo mantiene vivo el relato, sino que lo convierte en herramienta crítica para repensar el presente desde la raíz, de modo que el mito sigue caminando no como eco del pasado, sino como brújula hacia futuros posibles (ver figura 25).





















que la restauración ecológica no solo mejora la calidad del agua, sino que también protege la biodiversidad y reduce los efectos del cambio climático. Más allá de lo ambiental, estas acciones son expresiones de justicia hídrica, donde las comunidades reparan lo que otros destruyeron y, al hacerlo, siembran dignidad.

La educación y la concientización comunitaria son pilares fundamentales para garantizar la sostenibilidad de cualquier iniciativa hídrica. En territorios donde el acceso al agua potable es limitado y las soluciones técnicas no siempre llegan, el conocimiento compartido se convierte en una herramienta de transformación. Programas de educación ambiental impulsados por organizaciones como el BID en Centroamérica han demostrado que enseñar a las comunidades a conservar el agua no solo mejora su uso, sino que fortalece el sentido de corresponsabilidad territorial. Como señalan Quintero y Bolaños (2021), la educación comunitaria juega un papel crucial en la construcción de una cultura del agua, donde las personas no solo entienden la importancia de este recurso, sino que también se sienten responsables de su conservación.

El uso de tecnologías inteligentes en la gestión del agua representa una apuesta estratégica para enfrentar los desafíos hídricos del litoral Pacífico colombiano. En México y Chile, el despliegue de sensores remotos ha permitido monitorear en tiempo real la calidad, caudal y disponibilidad del agua, facilitando respuestas rápidas ante eventos críticos como contaminación o escasez. Estas tecnologías, impulsadas con el respaldo del BID, podrían adaptarse a las realidades del Pacífico colombiano, donde la topografía dispersa y la baja cobertura institucional exigen soluciones descentralizadas. Como advierten Restrepo y Melo (2023), la infraestructura inteligente permite una distribución equitativa y mejora la eficiencia de los sistemas hídricos, reduciendo pérdidas y asegurando que las comunidades más necesitadas tengan acceso al recurso. Bien articulada con procesos comunitarios, esta tecnología puede fortalecer el control social sobre el agua y empoderar a las comunidades.

La infraestructura verde y azul se perfila como una de las soluciones más prometedoras para garantizar el acceso sostenible al agua. Este enfoque, ya implementado en Costa Rica y Colombia con el apoyo del BID, integra soluciones ecológicas como la restauración de humedales, la reforestación de cuencas y la creación de jardines de lluvia con infraestructuras convencionales de captación y distribución. Estas estrategias permiten recuperar la capacidad natural de los ecosistemas para almacenar, filtrar y regular el agua, a la vez que fortalecen la resiliencia frente a eventos climáticos extremos. Martínez (2018) argumenta que la infraestructura verde y azul no solo mejora la disponibilidad y calidad del agua, sino que también ofrece beneficios colaterales como la conservación de la biodiversidad

y la generación de empleo local. En un territorio marcado por la fragilidad ambiental y la exclusión histórica, estas infraestructuras no son únicamente soluciones técnicas, sino oportunidades para tejer justicia ecológica desde el territorio.

Otro enfoque relevante para enfrentar la crisis hídrica y promover el desarrollo sostenible es el ecoturismo hídrico, entendido como una estrategia que articula conservación ambiental, educación y generación de ingresos alternativos. En Costa Rica y Panamá, esta modalidad ha demostrado que es posible valorizar económicamente los ecosistemas sin destruirlos, creando circuitos turísticos en torno a manglares, nacimientos de agua, ríos y humedales. En el Pacífico colombiano, la riqueza hídrica y cultural ofrece un gran potencial para construir rutas ecoturísticas con identidad territorial, donde los visitantes comprendan el vínculo espiritual que las comunidades mantienen con el agua. Como expresan Machado & Gudynas (2023b), el ecoturismo puede ser una fuente significativa de ingresos para las comunidades locales, fomentando la conservación activa de los recursos naturales y convirtiéndose en una herramienta pedagógica y económica.

A medida que avanzan las respuestas a la crisis del agua, se vuelve imprescindible garantizar la participación de las comunidades locales en todas las fases: desde la planificación hasta el monitoreo. Estas comunidades no solo viven las consecuencias de la escasez hídrica, sino que también poseen el conocimiento territorial necesario para implementar soluciones viables y sostenibles. Lozano et al. (2024) afirman que la gestión participativa asegura que las soluciones sean adaptadas a las realidades locales, aumentando la sostenibilidad y la efectividad de los proyectos. Este enfoque fortalece la gobernanza local, refuerza el tejido social y promueve un sentido de corresponsabilidad en la protección de los bienes comunes.

En este contexto, el papel del Estado colombiano debe ser articulador y facilitador de un diálogo multinivel, donde comunidades, sector privado, cooperación internacional y autoridades locales trabajen juntos. La colaboración interinstitucional es esencial para diseñar e implementar estrategias integrales que abarquen todas las dimensiones del problema del agua: infraestructura, salud, educación, sostenibilidad ambiental y justicia social. Según González (2021), las alianzas estratégicas entre gobierno, sector privado y comunidades son esenciales para lograr un cambio significativo en la gestión del agua en el litoral Pacífico. Solo así será posible construir una política pública del agua que responda al territorio con dignidad, equidad y visión de futuro.

### 5.3 CONFLICTOS SOCIOAMBIENTALES: EXTRACTIVISMO, MEGAPROYECTOS Y MILITARIZACIÓN.

Los territorios del Litoral Pacífico colombiano han sido históricamente concebidos por el Estado y por sectores económicos como zonas de “frontera de desarrollo”, es decir, como espacios por conquistar para extraer recursos naturales o instalar megaproyectos de interés nacional. Esta visión ha generado profundos conflictos socioambientales, al superponer intereses externos sobre formas de vida y de gestión ancestral del territorio. En palabras de Machado y Gudynas (2023b), el extractivismo no es solo una estrategia económica, sino una forma de despojo territorial que fractura las relaciones culturales y ecológicas de las comunidades con su entorno.

Uno de los casos más emblemáticos es el avance de la minería ilegal e informal, especialmente en ríos como el Mira, el Patía y el Telembí. Allí, retroexcavadoras y dragas contaminan las aguas con mercurio, destruyen cauces y eliminan hábitats de peces fundamentales para la seguridad alimentaria local. Esta actividad no solo provoca deterioro ecológico, sino que alimenta economías armadas y redes de criminalidad que profundizan la violencia y el control sobre los territorios. Según el informe de la Fundación Paz y Reconciliación (2022), más del 60 % de los ríos en el Pacífico nariñense están afectados por actividades mineras ilegales con vínculos directos a grupos armados (ver figura 32).

Otro conflicto persistente es la imposición de megaproyectos de infraestructura y energía sin consulta previa efectiva. La ampliación de puertos, las carreteras que atraviesan áreas protegidas y los proyectos hidroeléctricos han sido promovidos como motores del desarrollo, pero en muchos casos han ignorado los impactos culturales, ecológicos y sociales. En Tumaco, por ejemplo, la ampliación del puerto multipropósito ha generado tensiones con comunidades afro e indígenas que denuncian pérdida de manglares, aumento del costo de vida y desplazamiento silencioso. Como indica Ulloa (2021), el megaproyecto se presenta como progreso, pero opera como desplazador simbólico y material del saber comunitario.

La militarización ha sido otra cara del conflicto socioambiental. En nombre de la seguridad, muchos territorios han sido ocupados por fuerzas armadas estatales o ilegales, generando restricciones al libre tránsito, estigmatización de líderes y control de los recursos naturales. Esta lógica convierte al territorio en un botín estratégico, no en un bien común para el cuidado. En Barbacoas y Roberto Payán, varias comunidades han denunciado que operaciones militares coinciden con el avance de proyectos extractivos o con operativos que terminan afectando más a la población civil que a los verdaderos responsables del delito ambiental.



**Figura 32.** La minería ilegal en el Litoral Pacífico colombiano.  
Fuente: Universidad Externado de Colombia (2024)

Los impactos de estos conflictos son múltiples: pérdida de biodiversidad, deterioro de fuentes hídricas, migraciones forzadas, aumento de enfermedades por contaminación, ruptura del tejido social y profundización de la pobreza. Los niños y jóvenes son especialmente afectados: muchos deben abandonar sus estudios, otros se ven atraídos por las economías ilegales o son forzados a desplazarse. Como denuncia la Defensoría del Pueblo (2023), la expansión extractiva en el Pacífico ha incrementado el riesgo de reclutamiento forzado de menores, en especial en zonas sin presencia institucional efectiva.

Frente a este panorama, las comunidades han levantado estrategias de resistencia: desde asambleas territoriales hasta acciones jurídicas, pasando por bloqueos pacíficos, movilizaciones y construcción de alternativas como la agroecología, el turismo ecológico y los planes de vida. Estas acciones no son solo respuestas al conflicto, sino propuestas de futuro. Como afirma Gudynas (2023), las comunidades locales, en especial indígenas y afrodescendientes, no solo enfrentan los impactos de la devastación ambiental, sino que despliegan prácticas y cosmovisiones alternativas que cuestionan las nociones hegemónicas de desarrollo.

El avance del extractivismo en el Pacífico colombiano no puede analizarse de forma aislada del modelo de desarrollo impuesto desde el centro político y económico del país. En este modelo, los territorios periféricos como Tumaco, Guapi o El Charco son concebidos como zonas de sacrificio necesarias para sostener el crecimiento económico nacional. Esta lógica colonial interna ha sido denunciada por diversas organizaciones étnicas, que argumentan que sus territorios son utilizados para extraer riqueza sin redistribuir beneficios ni garantizar derechos. Según la perspectiva de la ecología política latinoamericana, los megaproyectos implementados en territorios étnicos suelen configurar dinámicas de despojo territorial, ya que, en lugar de garantizar el desarrollo prometido, terminan imponiendo modelos extractivos que amenazan la sostenibilidad y las formas de vida comunitarias (Leff, 2006; CLACSO, 2013).

Un elemento que agrava la conflictividad ambiental es el carácter excluyente de los instrumentos de planificación estatal. Muchas veces, los Planes de Ordenamiento Territorial (POT) y los Planes Nacionales de Desarrollo imponen zonas de interés minero, energético o logístico sin considerar los Planes de Vida y Etnodesarrollo construidos por los pueblos afro e indígenas. Esta superposición de instrumentos produce tensiones jurídicas y políticas, generando inseguridad jurídica para las comunidades y facilitando el avance de actores externos, profundizando los conflictos por el uso y control del territorio.

Además del despojo físico, el extractivismo produce un despojo epistémico, al invalidar los conocimientos, formas de uso del suelo y cosmologías propias que sostienen la relación de las comunidades con la naturaleza. La destrucción de los manglares, por ejemplo, no solo representa la pérdida de un ecosistema estratégico para la captura de carbono y la protección costera, sino también la ruptura de un sistema de vida basado en la pesca artesanal, la medicina tradicional y los rituales espirituales asociados al agua. Como sostiene Walsh (2020), la violencia extractiva no es solo material, sino simbólica y epistémica: borra memorias, desestructura lenguajes y neutraliza saberes ancestrales.

El discurso de “modernización productiva” que suele acompañar a los megaproyectos en el Pacífico colombiano también merece un análisis crítico. Lejos de integrar a las comunidades en cadenas de valor sostenibles, muchos de estos proyectos generan dependencia, pérdida de autonomía económica y desplazamiento de prácticas productivas adaptadas ecológicamente. La sustitución de cultivos tradicionales por monocultivos para biocombustibles o la privatización de zonas de pesca por concesiones portuarias son ejemplos de cómo el desarrollo impuesto margina los sistemas agroecológicos y pesqueros comunitarios. De acuerdo con Acosta y Svampa (2022), el extractivismo en la periferia no genera riqueza local, sino una estructura de enclaves que reproduce la desigualdad histórica entre centro y periferia.

La dimensión geopolítica de estos conflictos también debe considerarse. Las apuestas extractivas en el Pacífico no responden exclusivamente a intereses nacionales, sino que están integradas a cadenas globales de abastecimiento de minerales estratégicos, energías limpias y rutas comerciales. En ese sentido, el Pacífico nariñense está cada vez más inserto en procesos de “neoextractivismo verde”, donde se promueven proyectos como minería de litio, energías renovables o hidrógeno verde sin una evaluación ética ni ecológica de sus impactos. Tal como advierte Acosta y Svampa (2022), el neoextractivismo bajo la promesa de transición energética corre el riesgo de reproducir las mismas violencias que criticó el modelo extractivo fósil.

A pesar del contexto adverso, es posible identificar rutas de transformación si se parte del reconocimiento pleno de los derechos territoriales, culturales y ambientales de las comunidades. Una salida al conflicto requiere pasar de un modelo basado en la explotación intensiva de recursos a otro centrado en el cuidado del territorio como sujeto de derecho, donde las comunidades no sean receptoras pasivas de políticas, sino protagonistas de sus propios procesos de desarrollo. Esto implica reformar el marco normativo, garantizar el consentimiento previo, libre e informado y promover formas de economía territorial basadas en la

agroecología, el ecoturismo comunitario y la restauración ecológica. Como concluye Agudelo (2023), la justicia ambiental en América Latina no será posible sin justicia territorial y epistemológica.

En los últimos años, un patrón preocupante ha emergido en las políticas públicas: la tendencia a reducir los conflictos socioambientales a problemas de orden público. Esta visión simplifica las causas estructurales del malestar territorial y criminaliza la protesta legítima de las comunidades. Las movilizaciones contra la ampliación de la infraestructura portuaria en Tumaco o las marchas en Magüí Payán contra la minería ilegal han sido reprimidas bajo la justificación de “restaurar la seguridad”, sin considerar que se trata de demandas por la protección del territorio y la vida. Como alerta Andrade (2021), la agudización del conflicto ambiental convierte a los defensores del agua y del bosque en objetivos políticos, desplazando el debate hacia la estigmatización en lugar de la solución estructural.

Además, el desconocimiento de los principios de consulta previa, libre e informada ha sido sistemático. Pese a estar consagrado en tratados internacionales y en la jurisprudencia constitucional colombiana, muchos proyectos extractivos y de infraestructura han avanzado sin el consentimiento real de las comunidades afro e indígenas. Esta omisión no es solo una falla legal: es una negación del derecho colectivo a decidir sobre el destino del propio territorio. Según el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH, 2023), el 75 % de los conflictos socioambientales en el Pacífico colombiano están relacionados con vulneraciones al derecho a la consulta previa, lo que confirma la necesidad de una reforma estructural que garantice su cumplimiento efectivo.

Un aspecto poco discutido, pero fundamental, es el impacto psicológico y espiritual del despojo territorial. La pérdida del territorio no solo implica el desplazamiento físico, sino también la ruptura de vínculos afectivos, espirituales y simbólicos con los lugares de origen. Los líderes comunitarios relatan que cuando un río es contaminado o una montaña es dinamitada, no solo se pierde un recurso, sino un ser sagrado. Esta dimensión espiritual ha sido invisibilizada por el discurso técnico del desarrollo.

Frente a todo esto, emerge la urgencia de construir una ética pública intercultural que reconozca las formas comunitarias de relación con la naturaleza como válidas, legítimas y necesarias. Esto supone dejar de ver a las comunidades como obstáculos al desarrollo y comenzar a tratarlas como aliadas clave en la defensa del bien común global. En lugar de militarizar los conflictos, el Estado debería canalizar recursos hacia procesos de restauración ecológica con liderazgo comunitario, promoviendo pactos territoriales que respeten los

derechos ancestrales y ecológicos. Como propone Gudynas (2023), la transición ecológica no será real si no va acompañada de una transición ética, donde las voces del bosque y del río tengan lugar en la deliberación pública.

## 5.4 ESTRATEGIAS DE RESISTENCIA Y PROTECCIÓN TERRITORIAL.

Ante las amenazas identificadas, las comunidades afrodescendientes e indígenas del Litoral Pacífico colombiano han desarrollado, a lo largo de generaciones, un conjunto de estrategias de resistencia que integran defensa del territorio, autodeterminación y espiritualidad. Estas prácticas no solo responden a amenazas externas como el extractivismo o el desplazamiento forzado sino que configuran un modo de vida que afirma la dignidad colectiva y la continuidad cultural. Como señala Mina (2021), la resistencia territorial en el Pacífico no es solo una respuesta al conflicto armado o a los megaproyectos: es una forma de existencia tejida en la vida cotidiana, en los cantos, los fogones y los rituales de la selva.

Una de las estrategias más emblemáticas ha sido la formulación y defensa de los planes de vida comunitarios, concebidos como herramientas político-jurídicas que expresan los sueños, necesidades y horizontes de desarrollo propios. Estos planes se articulan con los sistemas normativos propios y se han convertido en mecanismos de incidencia frente al Estado. En el caso de los Consejos Comunitarios de la cuenca del río Naya, por ejemplo, estos documentos han servido para frenar licencias ambientales inconsultas y negociar acuerdos de protección con agencias de cooperación. Según Jiménez y Velasco (2021), los planes de vida afrocolombianos deben entenderse como plataformas de soberanía territorial, no como anexos administrativos de la planificación estatal.

Otro mecanismo de resistencia ha sido la recuperación simbólica y ecológica del territorio a través de mingas, rituales, patrullajes ambientales y acciones pedagógicas comunitarias. En zonas como la costa de Tumaco y la cuenca del río Guapi, las comunidades han organizado “caminatas por la memoria” en las que ancianos y jóvenes recorren espacios despojados o contaminados resignificándolos como territorios sagrados y fortaleciendo los lazos intergeneracionales. Esta estrategia de reparación simbólica ha sido clave para reconstruir la identidad colectiva en contextos de violencia ambiental. Como advierte Martínez y Rodríguez (2022), cuando una comunidad nombra de nuevo sus ríos y sus árboles también está recuperando su derecho a habitar con dignidad.

En escenarios de militarización y control armado del territorio, muchas comunidades han optado por fortalecer los protocolos de autoprotección colectiva como las guardias cimarronas o los comités de autoprotección indígena. Estas estructuras, organizadas desde principios no violentos, operan como redes de alerta, acompañamiento y diálogo para reducir el riesgo de confrontaciones armadas, desapariciones forzadas o reclutamiento de menores. Las guardias no son cuerpos paralelos de seguridad sino expresiones de soberanía comunitaria con legitimidad social. Según el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz INDEPAZ (2023), estas estrategias han salvado vidas en zonas donde el Estado solo aparece a través de la fuerza.

La producción de conocimiento desde el territorio también ha sido una forma de resistencia. Procesos de cartografía social, sistematización comunitaria y cine participativo han permitido que las propias comunidades documenten sus conflictos y soluciones posicionando sus voces en escenarios locales, nacionales e internacionales. Experiencias como el Observatorio de Saberes del Pacífico han demostrado que el conocimiento situado no es anecdótico sino clave para la planificación transformadora. Como sostienen Melo y Benavides (2022), en territorios históricamente silenciados, narrar la vida desde adentro es una forma profunda de disputar el poder.

La articulación con redes de solidaridad internacional y organizaciones aliadas ha sido crucial para visibilizar las luchas territoriales del Pacífico. A través de campañas de denuncia, procesos judiciales internacionales y alianzas con universidades y movimientos sociales, muchas comunidades han logrado frenar desalojos, denunciar crímenes ambientales y proponer alternativas sostenibles. Estas alianzas no sustituyen la resistencia local pero la fortalecen. Como afirma González (2021), la esperanza no se construye en soledad: se teje en la alianza entre quienes cuidan la vida desde la selva hasta las ciudades.

La resistencia territorial en el Pacífico colombiano también se ejerce en los cuerpos: en la decisión de sembrar en medio del miedo, de parir en casa cuando el centro de salud está cerrado, de cantar arrullos cuando se escuchan ráfagas. Cada gesto cotidiano se convierte en una afirmación de vida frente a una institucionalidad que muchas veces llega tarde, mal o nunca. En palabras de la lideresa Cuero (2022), resistir es cuidar el fuego mientras todo alrededor parece apagarse; es pararse en el mismo lugar donde mataron a un hermano y seguir sembrando esperanza. Esta resistencia encarnada no está en los titulares pero sostiene a las comunidades cuando el Estado flaquea.

Una estrategia profunda y a menudo subestimada es la transmisión oral del territorio. Las abuelas y abuelos del Pacífico son archivos vivientes que narran rutas de fuga de los antepasados cimarrones, describen los ciclos de los ríos y alertan sobre los signos del desequilibrio ambiental. En muchas veredas, la cartografía no se dibuja en mapas sino en relatos compartidos al calor del fogón. Según Freja (2013), los relatos orales son formas de resistencia epistemológica que preservan la memoria territorial frente al olvido institucional y el despojo cartográfico. En esa voz narrada se siembra la conciencia de pertenencia y se cultiva la protección colectiva.

Otro frente de resistencia son los procesos artísticos comunitarios, que han transformado el dolor en creación. En municipios como Barbaocoas, Tumaco o Guapi, colectivos de jóvenes han creado teatro político, grafitis conmemorativos y músicas que denuncian el ecocidio. Estas expresiones artísticas no solo sanan las heridas del conflicto sino que generan formas de denuncia que trascienden fronteras. En su estudio sobre arte y resistencia, Mudarra (2019) explica que el arte en el Pacífico se convierte en un instrumento político que desarma el miedo, moviliza conciencias y conecta territorios fragmentados por la guerra.

En paralelo ha emergido una generación de jóvenes afro e indígenas que ha decidido resistir desde las aulas y las universidades construyendo pensamiento crítico y liderazgo territorial. Muchos han retornado a sus comunidades con proyectos de agroecología, formación en derechos étnicos y recuperación cultural. Esta resistencia educativa rompe el ciclo de dependencia tecnocrática y fortalece la autonomía intelectual. Como afirma Quintero y Bolaños (2021), los pueblos del Pacífico no solo quieren sobrevivir; quieren pensar el mundo desde sus riberas con sus propias preguntas y respuestas.

También se destacan las alianzas interétnicas entre pueblos afrodescendientes e indígenas que han comprendido que los desafíos compartidos como la minería ilegal, la contaminación de los ríos o la militarización solo pueden enfrentarse desde la unidad. Estas alianzas han dado lugar a movilizaciones conjuntas, escuelas de liderazgo intercultural y redes de mujeres defensoras de los territorios. Esta estrategia de articulación no diluye las diferencias sino que las convierte en potencia política. Como señalan Peña y Ríos (2021), la resistencia del Pacífico se teje en plural: no hay territorio protegido sin comunidad unida.

Finalmente, la espiritualidad como defensa ha cobrado fuerza en contextos de crisis ambiental. Para muchas comunidades, el territorio no es un recurso sino un ser vivo con derechos. Los rituales de armonización, las ceremonias del agua y las rogativas a los ancestros son











de los pueblos étnicos, generando vacíos normativos que son aprovechados por empresas extractivas para despojar comunidades. A pesar de ello, la resistencia persiste en forma de asambleas comunitarias, mingas ambientales y ejercicios pedagógicos de memoria territorial.

La gobernanza comunitaria en el Pacífico colombiano es, en suma, un acto de dignidad ecológica que enraíza la lucha climática en el corazón de los pueblos. Más que una alternativa técnica, es una propuesta ética y política que interpela al modelo de desarrollo vigente, los consejos comunitarios y resguardos indígenas no solo gobiernan el territorio: lo cuidan, lo sienten y lo sueñan. Allí donde el Estado llega con fórmulas impuestas, las comunidades ya habían tejido, desde hace siglos, caminos de sostenibilidad.

El mandato ancestral que guía a los consejos comunitarios y resguardos indígenas se materializa también en instrumentos normativos como los planes de etnodesarrollo y los planes de vida. Estas herramientas, construidas colectivamente, traducen el pensamiento territorial en acciones concretas para el manejo ambiental, la soberanía alimentaria y la protección de fuentes hídricas. En el Consejo Comunitario del Río Mejicano, por ejemplo, se ha priorizado la restauración de microcuencas y la siembra de especies nativas como el naidí y el borojó, tanto por su valor ecológico como cultural.

La implementación de estos planes enfrenta barreras estructurales. Las comunidades denuncian la escasa voluntad institucional para reconocer sus propuestas como políticas públicas vinculantes. Aunque la Constitución de 1991 consagró el derecho a la autonomía de los pueblos étnicos, la centralización del poder y la burocracia ambiental limitan su ejecución.

La implementación de estos planes enfrenta barreras estructurales persistentes asociadas a debilidades en la gobernanza ambiental y territorial. Diversas comunidades étnicas del Pacífico colombiano han señalado la limitada voluntad institucional para reconocer sus propuestas y planes propios como instrumentos de política pública con carácter vinculante, lo que restringe su incidencia efectiva en la toma de decisiones. Si bien la Constitución Política de 1991 reconoció el derecho a la autonomía, la participación y el gobierno propio de los pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes, en la práctica estos derechos se ven tensionados por dinámicas de centralización administrativa y por procedimientos burocráticos del sector ambiental. La Corte Constitucional ha reiterado, en sentencias como la T-129 de 2011 (Corte Constitucional de Colombia, 2011) y la T-530 de 2016 (Corte Constitucional de Colombia, 2016), que la consulta previa, libre e informada constituye un derecho fundamental orientado a garantizar la participación efectiva de los pueblos

étnicos frente a proyectos que puedan afectar sus territorios y modos de vida. No obstante, informes de la Defensoría del Pueblo (2020) y de organismos de derechos humanos han documentado déficits recurrentes en la implementación de este derecho, particularmente en contextos asociados a proyectos de infraestructura, minería e hidrocarburos, situación que ha contribuido a la intensificación de conflictos socioambientales en el litoral Pacífico.

Un elemento fundamental en la gobernanza ambiental comunitaria es el papel de las mujeres. Guardianas del agua, sembradoras del bosque y portadoras del saber oral, las mujeres afro e indígenas han liderado procesos de vigilancia ambiental, educación intergeneracional y restauración de ecosistemas. En comunidades como Sanquianga y Guapi, los círculos de mujeres han recuperado saberes sobre plantas medicinales, mangle y agricultura limpia, resistiendo tanto la violencia armada como el desplazamiento ecológico. Tal como documentan Caicedo y Agudelo (2022), las mujeres afrodescendientes en el Pacífico son arquitectas del territorio y sostenedoras de la vida en tiempos de crisis.

La gobernanza comunitaria articula también una dimensión espiritual profundamente ecológica. Los rituales de limpieza de quebradas, las rogativas a los espíritus del monte y las ceremonias frente al mar no son actos folclóricos sino expresiones de una ética del cuidado que reconoce la agencia de los elementos naturales. Esta visión, incompatible con la lógica de la acumulación, transforma el agua, los árboles y los animales en sujetos de derecho.

La investigación sobre comunidades negras y saberes ancestrales ambientales en el Pacífico colombiano muestra que los vínculos entre sociedad y naturaleza se construyen históricamente como relaciones integradas, simbólicas y éticas, que desafían visiones separacionistas de lo social y lo ecológico. En particular, Rentería-Jiménez y Vélez de la Calle (2021) describen cómo las representaciones culturales, prácticas y valores de las comunidades negras del Alto San Juan (Chocó) están mediadas por saberes ancestrales ambientales que orientan sus relaciones con el territorio y articulan experiencias de sociedad y naturaleza como un continuo inseparable. Desde una perspectiva más amplia en estudios ambientales críticos, autores como Finney (2014) han argumentado que las construcciones sociales hegemónicas de la naturaleza suelen mantener dicotomías racializadas entre cultura y naturaleza, insistiendo en categorías que excluyen saberes ecológicos no occidentales y amplificando desigualdades ambientales.

La acción climática comunitaria requiere alianzas. Varios consejos y cabildos han establecido vínculos con universidades, ONGs y redes internacionales para fortalecer sus capacidades

técnicas y políticas. Un ejemplo es el proyecto "Territorios Vivos" en Tumaco, donde se han creado sistemas de monitoreo participativo que combinan tecnología satelital con observación ancestral, generando alertas tempranas frente a la deforestación. Estas alianzas permiten trascender el aislamiento y posicionar las propuestas comunitarias en escenarios globales de justicia climática (Silva y Romero, 2021).

Es indispensable entender que la gobernanza ambiental en el Pacífico colombiano no puede reducirse a proyectos o indicadores. Es una forma de vida, una filosofía encarnada en la cotidianidad, en la manera en que se pesca, se navega, se cultiva y se celebra. No se trata solo de conservar un paisaje sino de mantener vivos los vínculos sagrados entre comunidad y territorio. Como expresó un sabedor de La Ensenada: "si el monte muere, morimos nosotros también". Esta sentencia no es una metáfora poética sino una advertencia política: sin el reconocimiento pleno de la autonomía ambiental comunitaria, el futuro del país y del planeta seguirá en entredicho.

En estos territorios, el manejo del ambiente no se diseña desde un escritorio técnico sino que nace de la conversación alrededor del fogón, del canto sabio de los mayores, del rito del agua y del andar de los niños entre los manglares. Esta forma de gobernanza no puede comprenderse si se separa de su raíz cultural, pues en ella la gestión ambiental no es un protocolo administrativo sino una forma viva de identidad colectiva y de cuidado del territorio que se transmite, se canta y se siembra.

En uno de los círculos de formación comunitaria en el Bajo Mira, Efraín (comunicación personal, 2023) dijo frente a los mayores:

*"Yo nací con miedo al monte porque ahí mataron a mi tío. Pero ahora lo entiendo: él no murió por meterse donde no debía. Murió porque defendía la tierra. Y si yo la quiero, también tengo que aprender a cuidarla".*

Este testimonio, condensa lo que para muchas comunidades significa hoy el ejercicio de la gobernanza: no solo un derecho sino un compromiso intergeneracional, una herencia que se recibe con dolor y se transforma en dignidad. El territorio se hereda con cicatrices, pero también con la fuerza de resistir y reconstruir.

Las experiencias de gobernanza en territorios como Tumaco, Barbacoas, Francisco Pizarro y Magüí Payán demuestran que, cuando las comunidades tienen las herramientas necesarias no solo técnicas sino culturales y políticas, pueden liderar procesos de restauración

ecológica y defensa climática con resultados más sostenibles que muchos proyectos externos. Sin embargo, para que esto ocurra, es imprescindible que el Estado y la cooperación internacional reconozcan que el saber no siempre baja desde la capital. Como argumentan Cárdenas y Correa (2023), una gobernanza legítima no se impone, se construye desde la escucha al territorio. Sin esta premisa, cualquier estrategia ambiental corre el riesgo de ser un espejismo tecnocrático sin raíces.

Cerrar este capítulo no es clausurar un análisis sino abrir un horizonte: el de una política ambiental que no teme descentrarse para dar voz a quienes han cuidado la selva sin pedir permiso. Los consejos comunitarios y resguardos indígenas del Pacífico no solo gestionan el territorio: lo siembran con memoria, lo habitan con afecto y lo defienden con valentía. Gobernar no es mandar, es cuidar. Y cuidar, en estos territorios, es un acto profundamente político, espiritual y colectivo. Escuchar sus formas de hacer y ser territorio puede ser la clave para imaginar un futuro más justo y verde para Colombia.



# 6 • LOS EFECTOS DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS Y LOS NUEVOS LIDERAZGOS EN EL LITORAL

## 6.1 POLÍTICAS PÚBLICAS Y SU CUMPLIMIENTO EN EL LITORAL PACIFICO COLOMBIANO

LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS PÚBLICAS para el desarrollo del Litoral Pacífico colombiano ha estado históricamente atravesada por un enfoque verticalista y asistencialista, donde las prioridades territoriales no siempre son consideradas en el diseño ni en la implementación de los programas. A pesar de que la Constitución de 1991 y los Acuerdos de Paz de 2016 reconocen el carácter diferencial y étnico de los territorios, en la práctica persisten brechas estructurales que limitan la eficacia de las políticas en municipios como Francisco Pizarro, Barbacoas o La Tola. Según el Informe de Desarrollo Humano Territorial para el Pacífico del PNUD (2021), más del 70 % de los hogares, sobre todo rurales, carecen de acceso pleno a agua potable, educación de calidad y servicios de salud adecuados.

Uno de los principales desafíos para el cumplimiento efectivo de las políticas públicas en estas zonas es la fragmentación institucional. En muchos casos, los planes nacionales y departamentales no se articulan con los planes de vida de las comunidades afrodescendientes e indígenas, generando superposición de agendas y descoordinación entre entidades; como advierten Rodríguez y Herrera (2022), la ausencia de una arquitectura estatal intercultural impide que las políticas se traduzcan en transformaciones reales para las comunidades rurales del Pacífico. Esta desconexión también se refleja en la baja ejecución presupuestal,

ya que múltiples programas priorizados en papel no logran implementarse por falta de capacidades técnicas en los municipios o porque no responden a los tiempos y lenguajes propios del territorio.

A lo anterior se suma el problema de la centralización de la toma de decisiones. Aunque Colombia cuenta con marcos legales para la descentralización como la Ley 715 de 2001 y la Ley Orgánica del Plan, en la práctica los procesos de planificación continúan siendo dirigidos desde Bogotá sin una participación efectiva de los actores locales; las consultas comunitarias son limitadas, formales o se realizan cuando las decisiones ya han sido tomadas, como señala Martínez (2018), el centralismo funcional debilita el principio de gobernanza territorial y reproduce formas de exclusión institucional que afectan especialmente a los pueblos afrocolombianos e indígenas.

Por otro lado, muchas políticas públicas llegan descontextualizadas, sin reconocer las dinámicas socioecológicas, culturales y productivas de las comunidades costeras. Programas como Colombia Siembra o Alianzas Productivas han sido implementados en zonas del Litoral Pacífico sin considerar las prácticas agroecológicas locales, afectando los sistemas tradicionales de cultivo y debilitando la seguridad alimentaria; en su análisis sobre políticas agrarias en territorios afro, Cuesta y Gómez (2021) sostienen que la imposición de modelos de desarrollo agrícola homogéneos ha generado una desestructuración de las economías locales, promoviendo monocultivos que no dialogan con la biodiversidad ni con las economías propias del Pacífico.

Un aspecto crítico que compromete la sostenibilidad de las políticas es la ausencia de mecanismos de evaluación comunitaria y control social efectivo. Aunque la normatividad colombiana contempla figuras como las veedurías ciudadanas, en la práctica estas herramientas enfrentan obstáculos como la falta de formación, recursos y garantías para operar en contextos de alta conflictividad; en municipios como Quibdó, Tumaco o Magüí Payán, líderes que han intentado ejercer control social sobre los recursos han sido amenazados o estigmatizados, tal como documenta la Defensoría del Pueblo (2023), los defensores del derecho a la participación enfrentan riesgos crecientes en zonas con presencia de economías ilegales y débil institucionalidad.

No obstante, existen experiencias valiosas de articulación entre políticas públicas y dinámicas comunitarias. Los planes de etnodesarrollo liderados por consejos comunitarios en cuencas como el río Mira o el río Patía han demostrado que es posible alinear las agendas públicas con los saberes locales siempre que exista voluntad política, respeto

por los sistemas normativos propios y acompañamiento técnico adecuado; en esa dirección, iniciativas como el Programa de Fortalecimiento Institucional Territorial del Ministerio del Interior han generado avances en la formación de autoridades étnicas y en el reconocimiento de los gobiernos propios, como plantea Mosquera (2022), la clave no está en diseñar nuevas políticas sino en construir desde las existentes incorporando las voces históricamente marginadas del Litoral Pacífico.

La desconexión entre las políticas públicas y las realidades del Pacífico no es un hecho accidental, sino el resultado de una historia de marginalidad institucional que ha tratado a esta región como una zona periférica, más objeto de intervención que sujeto de derechos. Esta lógica se reproduce en programas que, aunque bien intencionados, imponen modelos de desarrollo estandarizados sin reconocer las dinámicas sociales, culturales y económicas locales; como advierte González (2021??), la planeación estatal sigue operando sobre el Pacífico como si se tratara de un territorio vacío o homogéneo cuando en realidad se trata de un tejido diverso con normativas propias y una memoria histórica de resistencia.

Un problema estructural persistente es el déficit de conectividad física y digital, que limita el acceso a servicios públicos y restringe el derecho a la información. En municipios como El Charco, Mosquera o Olaya Herrera, la infraestructura vial es casi inexistente durante épocas de lluvias, lo que retrasa o bloquea la ejecución de programas de salud, educación o seguridad alimentaria; a nivel digital, la brecha es aún más profunda, ya que según cifras del MinTIC (2023) solo el 12 % de los hogares rurales del Pacífico cuentan con acceso estable a internet, lo que impide la participación efectiva de estas comunidades en procesos de consulta, formación virtual o rendición de cuentas.

La falta de reconocimiento efectivo de las formas organizativas comunitarias representa otra limitante importante. Los consejos comunitarios y resguardos indígenas no son considerados plenamente como autoridades interlocutoras por parte de las entidades estatales a pesar de su papel central en la gestión territorial y la defensa de los derechos colectivos; este vacío institucional ha sido señalado por la Comisión Étnica para la Paz y la Defensa de los Derechos Territoriales (2021), que afirma que “la política pública en territorios étnicos debe dejar de ver a las comunidades como beneficiarias y reconocerlas como sujetas políticas con capacidad de gobierno propio y de planificación.”

Por otra parte, el enfoque diferencial que debería guiar la acción del Estado en contextos étnicos ha sido aplicado de forma inconsistente y fragmentada. Aunque normativamente se reconocen los derechos culturales y territoriales de las comunidades afrodescendientes

e indígenas, su inclusión real en las políticas públicas ha sido parcial y, en algunos casos, meramente simbólica; según Cárdenas y Correa (2023), la institucionalización del enfoque étnico ha oscilado entre la invisibilización y la cooptación sin consolidar mecanismos eficaces de incidencia comunitaria en el ciclo de las políticas.

Las políticas educativas ilustran esta tensión: muchos programas nacionales han promovido la cobertura escolar sin atender las particularidades lingüísticas, curriculares y de acceso físico en las comunidades rurales del Pacífico. En consecuencia, se mantienen altas tasas de deserción, baja calidad educativa y escasa vinculación entre la escuela y los saberes ancestrales; en su estudio sobre educación rural afrocolombiana, López y Hurtado (2023) concluye que la ausencia de una pedagogía intercultural que dialogue con los contextos y cosmovisiones de las comunidades limita la capacidad transformadora de la educación pública en el Pacífico.

También preocupa la limitada implementación de políticas de salud intercultural, a pesar de que muchas comunidades combinan prácticas tradicionales con medicina occidental. La persistencia del racismo institucional, la escasez de personal capacitado y el centralismo en la asignación de recursos han debilitado las redes locales de salud; según el informe de la Procuraduría General de la Nación (2022), en el 60 % de los municipios del litoral Pacífico no existen programas de salud con enfoque étnico, lo que vulnera el derecho a una atención integral y culturalmente pertinente.

Ante este panorama, emerge como urgente la necesidad de institucionalizar espacios de co-gobernanza, donde las comunidades no solo sean consultadas sino que participen activamente en el diseño, ejecución y evaluación de las políticas públicas. Este enfoque requiere reconocer el valor del conocimiento territorial, establecer alianzas estables entre actores estatales y comunitarios y garantizar la protección de los líderes sociales; como propone Restrepo y Melo (2023), la transformación del Estado en territorios étnicos no pasa solo por llevar más presencia institucional sino por construir un nuevo contrato político que articule Estado y comunidad en condiciones de igualdad.

Tanto en zonas urbanas y rurales del Litoral Pacífico, la persistente fragmentación del Estado ha generado lo que algunos investigadores denominan “territorialidades paralelas”, donde actores comunitarios, autoridades propias e incluso organizaciones humanitarias terminan asumiendo funciones que deberían ser responsabilidad exclusiva del Estado. Esta delegación informal no solo refleja el debilitamiento institucional sino también una

forma de normalización de la ausencia estatal; según González (2021), en muchos territorios del Pacífico las comunidades no esperan que las políticas públicas lleguen: construyen sus propias estrategias de supervivencia articulando saberes ancestrales, redes de apoyo y prácticas de autogobierno.

Un ejemplo claro de esta autonomía forzada es el fortalecimiento de los sistemas comunitarios de alerta temprana frente a inundaciones o epidemias, particularmente en cuencas como el río Atrato, Telembí o Sanquianga. En ausencia de sistemas de gestión del riesgo adecuados, las comunidades han desarrollado protocolos propios basados en observación empírica, señales del entorno natural y comunicación radial. Estas prácticas no solo son efectivas sino culturalmente apropiadas; sin embargo, rara vez son reconocidas o sistematizadas por las políticas públicas, como señalan Mosquera (2022), el desconocimiento de estas respuestas locales constituye una pérdida de conocimiento estratégico para la gestión pública del riesgo.

En materia de seguridad alimentaria, las políticas públicas tampoco han logrado incorporar la diversidad agroecológica ni las prácticas pesqueras sostenibles que caracterizan a los sistemas tradicionales del Pacífico. Programas enfocados exclusivamente en productividad y competitividad han ignorado el valor de la soberanía alimentaria basada en la diversificación, el control comunitario de semillas y el acceso libre al agua; estudios académicos recientes muestran que, en muchos casos, la política alimentaria en Colombia no ha logrado integrar plenamente los saberes culinarios tradicionales ni los sistemas colectivos de producción campesina, lo cual subraya la necesidad de reconocer y fortalecer las cocinas tradicionales como elemento clave de la soberanía alimentaria (Rincón, 2023).

La desconexión entre la normatividad estatal y la vida cotidiana de las comunidades no se limita al ámbito económico o ambiental; también afecta las formas de justicia. En varias localidades del Litoral Pacífico, los mecanismos de resolución de conflictos que operan con legitimidad como los consejos de ancianos, las asambleas o los rituales de reconciliación no son tenidos en cuenta por el sistema judicial formal. Esta invisibilización refuerza la desconfianza institucional y perpetúa la impunidad en casos de violencia territorial; como argumenta Martínez (2018), la justicia oficial ignora los pactos comunitarios que han garantizado la convivencia durante generaciones, favoreciendo una justicia distante, lenta y poco accesible.

























































